

RECENSIONES

B. Andreae (ed.) y K. Anger (Fotos), *Bildkatalog der Skulpturen des Vaticanischen Museums. Band II: Museo Pio Clementino, Cortile Ottagono*, Deutsches Archäologisches Institut (Berlín) y Walter de Gruyter, Berlín-New York, 1998, XVII págs., 422 láms. y 64 págs. ISBN 3-11-014629-0.

Todos sabemos hasta qué punto es indispensable, en cualquier catálogo, una exhaustiva documentación gráfica de las piezas estudiadas: podría incluso considerarse inédita una obra cuya imagen no ha sido reproducida, por meticulosa que sea su descripción en un texto. Por ello, ya desde principios de nuestro siglo, han surgido obras monumentales —recuérdense las *Photographische Einzelaufnahmen* de Arndt y Amelung, o los *Recueils* de Reinach— dedicadas exclusivamente a ofrecer dibujos o fotografías de grandes conjuntos iconográficos o museísticos.

El caso de los Museos Vaticanos era particularmente llamativo hasta ahora por la pobreza de sus repertorios gráficos. El viejo catálogo de W. Amelung, asombrosa labor de erudición editada antes de la Primera Guerra Mundial, sigue siendo hoy, pese a los trabajos de P. Lippold (*Die Skulpturen des Vaticanischen Museums*, 1956) y G. Spinola (*Il Museo Pio-Clementino*, 1996), el libro de referencia obligado para sus inmensas colecciones, y la escasez de sus láminas suponía un verdadero problema para los estudiosos.

Por ello, y casi con la intención de completar la obra de Amelung, el Instituto Arqueológico Alemán de Berlín ha tomado sobre sus hombros la labor de ofrecer, en varios volúmenes que siguen la numeración del viejo catálogo, una ilustración exhaustiva, con varias fotografías para cada pieza, de las obras que contienen los museos pontificios. El volumen I (en tres tomos) fue editado en 1995 —su reseña en esta revista, por S. Schröder, nos exime por cierto de otras consideraciones generales—, y ahora llega a nuestras manos el volumen II.

Si el volumen II de *Die Skulpturen des Vaticanischen Museums* de W. Amelung (1908) comprendía numerosas salas —desde el Vestibulo Quadrato hasta la Loggia Scoperta, pasando por la Sala degli Animali o la Galleria delle Statue—, el presente tomo se limita a cuatro salas: los vestibulos Quadrato y Rotondo, la antigua Sala del Meleagro —hoy Gabinetto dell'Apoxyomenos— y el Cortile Ottagono del Belvedere. En una palabra: el espacio que Amelung ilustra con 29 láminas se desarrolla ahora en 422, muchas de ellas con dos o cuatro fotografías de excelente calidad.

La profusión de detalles que puede estudiarse así es asombrosa. Baste decir que el *Apolo del Belvedere* está documentado en 23 fotos, o que el *Laocoonte* alcanza las 38, con puntos de vista imposibles de contemplar sin escaleras o sin la posibilidad de desplazar la obra. Aparecen cuidadosamente fotografiados incluso los epígrafes, entre los que destacan los de la Tumba de los Escipiones, analizables a través de 14 figuras. Una publicación tan completa ha de ser sin duda bien recibida por todos.

Sin embargo, este reconocimiento a la importancia objetiva de la presente publicación no debe ocultar ciertas reticencias. Así, el deseo de reflejar la colocación actual de las colecciones —que dista a veces de la que vio Amelung— obliga a presentar amplias tablas de equivalencias, porque muchas obras —incluso el propio *Torso del Belvedere*— han dejado su puesto tradicional para pasar a otros ámbitos del museo.

Mayores problemas causa la ordenación de las piezas en el libro, sobre todo en el capítulo más desarrollado: el de la plástica ideal (láms. 9-154). El principio cronológico escogido es discutible, dado que casi todas las esculturas son interpretaciones romanas más o menos libres de originales griegos, y es a menudo difícil definir el límite entre la «copia de un original griego» —colocada en el siglo correspondiente a dicho original— y la «obra romana imperial basada en una escultura griega», situada en los siglos I o II d.C. Si a ello se añade que los autores presentan como definitivas cronologías de obras helenísticas aún hipotéticas, y que se empeñan en tratar por separado las cabezas y los cuerpos unidos artificialmente en siglos pretéritos, se comprende que la complejidad de la consulta ha de crecer de forma alarmante.

Por lo demás, hubiera sido deseable, tanto en las fotografías como en los breves comentarios que las ilustran al final del libro, un carácter más explícito. En las ilustraciones —al menos en algunas— podrían haberse señalado con una trama las partes modernas de las obras. En cuanto al comentario, que se limita a una bibliografía y a una nota sobre el origen de cada escultura, se agradece esta última concesión al auge de la historia del coleccionismo, pero se advierte la falta de justificaciones cronológicas o de autoría en casos más o menos discutidos por la crítica de nuestro siglo.

Añadamos, finalmente, una simple observación personal: las fotos que en su día ofreció Amelung, aunque medianas y escasas, tenían al menos una virtud: la de mostrarnos las obras en su ambiente, en su colocación precisa de principios de siglo. Las actuales, con sus figuras recortadas sobre fondos neutros y grises, no servirán nunca para elaborar una historia de los Museos Vaticanos en su aspecto expositivo. No deja de ser curiosa esta paradoja en un libro que comienza, precisamente, con una «Historia del Cortile Ottagono del Belvedere», único texto con forma de estudio convencional que ofrece el volumen.

Miguel Ángel Elvira Barba
Museo del Prado, Madrid

Corpus Vasorum Antiquorum. Russia. Pushkin State Museum of Fine Arts, Moscow. South Italian Vases. Apulia, fasc. II, by O. Tugusheva, Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 1997. 40 págs. + 41 láms. ISBN: 88-7062-990-2.

El fascículo II del *Corpus Vasorum Antiquorum*, editado por O. Tugusheva, tiene como objetivo la publicación completa de la cerámica antigua griega procedente de Apulia y Egnacia y que forma una de las excelentes colecciones del Museo Pushkin de Bellas Artes de Moscú. Dicha colección cuenta con unas ochenta piezas enteras, que en su mayoría pertenecen al estilo ático de figuras rojas realizado por varios pintores de escuelas suritalicas, entre ellos algunos eminentes maestros de Apulia de mediados del siglo IV a.C. como por ejemplo Licurgo. Unos veinticinco vasos se publican por primera vez. Del resto, la mayor parte de la cerámica de Apulia fue ordenada y clasificada por el Prof. A.D. Trendall, mientras que J.R. Green hizo lo propio con una minicolección de diez ejemplares de Egnacia (véase la bibliografía correspondiente en la pág. 9 del volumen reseñado).

Las formas más típicas de la colección del Museo Pushkin son la pélice (trece ejemplares) y la cratera en sus cuatro variantes principales (nueve ejemplares); además, hay hidrias, enócoes, cántaros, léцитos, ascos, ritones e incluso piezas raras como la epíquisis (dos ejemplares).

En cuanto a los temas ornamentales, quisiera hacer notar que casi todos ellos responden a un tipo de sociedad heroica colonial y, en algunos casos, marcadamente arcaizante; recuerdan muy de cerca esquemas áticos y a la vez incluyen algunos elementos de la vida y tradiciones de la aristocracia griega local. Los temas se relacionan muchas veces con el culto de Hermes y de otros dioses (Apolo, Atenea, Artemis, Dioniso, Hera, Poseidón), pero sobre todo con divinidades de la fecundidad. Así, en el panel de los seis vasos, vemos a Afrodita vinculada a la paloma, a las palmetas o a los perfumes. Unas veinticuatro veces encontramos la imagen de Eros (por ejemplo, entre aves y flores) como estilización del tema clásico de Eros en el jardín de Afrodita. En dos crateras de volutas está representada la Amazonomaquia y en el panel de una cónica cratera vemos a Ifigenia en Táuride pintada por Licurgo. En muchos casos se percibe que los elementos iconográficos fundamentales se han simplificado en comparación con sus prototipos áticos.

Dos vasos de Apulia son de un interés especial (véase pág. 11; lám. I). Se trata del escifo del Grupo Monopoli (o, tal vez, del Grupo de Perth) de los años 340-320 a.C. (según la identificación de A.D. Trendall) y una lecnide de fines del s. IV a.C. que se publica por primera vez. Ambos proceden de las excavaciones de Panticapeo, mientras que el resto de las piezas recogidas en este fascículo II fueron adquiridas en Italia durante el siglo XIX e inicios del XX por varios científicos, diplomáticos y coleccionistas rusos.

El presente fascículo, como el primero de la serie, contiene índices de pintores, escuelas y círculos, personajes divinos y míticos representados en los vasos estudiados, así como centros y talleres de donde procede la cerámica. La obra, por tanto, contribuye a ampliar nuestro conocimiento de la cerámica griega elaborada en el siglo IV a.C. en diferentes talleres de la Magna Grecia.

V.I. Kozlówkaia
Universidad de Vladimir

Corpus Vasorum Antiquorum. Russia. Pushkin State Museum of Fine Arts, Moscow. South Italian Vases. Lucania. Campania. Paestum. Sicily. Fasc. III, by O. Tugusheva, Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 1997. 36 págs. + 44 láms. ISBN: 88-7062-991-0.

El fascículo III del *Corpus Vasorum Antiquorum* está consagrado al trabajo del Profesor A.D. Trendall como destacado especialista de la cerámica griega figurada y excelente conocedor de la colección moscovita que nos ocupa.

La autora estudia la cerámica de diversos centros de Lucania (cinco ejemplares), Campania (treinta y nueve ejemplares), Paestum (tres ejemplares) y Sicilia (quince ejemplares, seis de los cuales permanecían inéditos). Casi todas las piezas se fechan en el s. IV a.C. y en la mayoría de los casos proceden de los mejores talleres suritalícos y siciliotas.

Desde el punto de vista tipológico la colección está compuesta de escifos, crateras e hidrias. Las formas de las piezas suponen una continuación en el Sur de Italia y Sicilia de modelos áticos ya desaparecidos.

En la iconografía de los escifos y crateras aparecen representados varios aspectos de la temática dionisíaca. En el panel de la única hidria lucana está representada, siguiendo la tradición del estilo ático, una de las escenas de la vida coti-

diana de mujeres pertenecientes a la clase aristócrata colonial. Entre la cerámica campaniense destaca un conjunto de cuatro crateras en cuyos paneles vemos a Pan con tres pies de cabra, a silenos recostados y medio borrachos, a mujeres danzando como ménades, etc. Suscita interés el grupo de léцитos y ánforas colgantes de Lucania en los que aparecen varios personajes mitológicos, al igual que los lecanis, lebes y platos de pescado -inéditos hasta ahora- fabricados durante el último tercio del s. IV en aquellos talleres de Lucania donde trabajaban el Pintor de Caivano, el Pintor de Vitulazio, el Pintor de Capua y otros.

Respecto a la temática e iconografía de la cerámica estudiada en el fascículo III destacaría que refleja muy bien tanto el estilo clásico ático como los nuevos caminos emprendidos por los pintores suritalícos y siciliotas, que supieron introducir el ilusionismo y la tercera dimensión en la superficie de los vasos. Por ello hay mucho simbolismo en la figuración de ese nuevo *Kosmos* que era el mundo colonial magnogreco.

En resumen, la cerámica publicada en el fascículo III, como la de los anteriores, va a ser útil sobre todo a especialistas en el estudio de pintores, grupos o talleres locales y el análisis concreto de las variantes de decoración ornamental. Ante todo servirá como paso previo a una sistematización del conocimiento de la actividad artesanal de los distintos talleres locales y, en general, a un estudio cada vez más pormenorizado de la vida cotidiana de las sociedades locales de la Magna Grecia y Sicilia durante la época posclásica de sus *póleis*.

V.I. Kozlówkaia
Universidad de Vladimir¹

E. Acquaro (ed.), *Alle soglie della classicità: il Mediterraneo tra tradizione e innovazione. Studi in onore di Sabatino Moscati (3 vols.)*. Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali. Pisa / Roma 1996. ISBN: 28-8147-049-7.

Rendir homenaje a una personalidad académica de la talla de S. Moscati a través de una publicación científica relevante no sólo supone una gran responsabilidad, sino también una enorme dificultad material, a la que han hecho frente con éxito los promotores de esta obra, con el profesor E. Acquaro a la cabeza. Todavía reciente la desaparición del profesor Moscati, su labor aparece como un legado ingente. Desde comienzos de los años cuarenta, S. Moscati dedicó atención, en su condición de semitista, a multitud de campos. Su trabajo contempló desde la lengua y cultura árabe (su primera publicación fue, con M. Asín Palacios, una "Contribución a la toponimia árabe de España") a las antiguas civilizaciones orientales, pasando por el estudio, a lo largo de todo el Mediterráneo, de la civilización fenicia. Varias generaciones de especialistas en muy diferentes áreas y materias son deudores de su magisterio, como consigue mostrar este homenaje, con sus 108 contribuciones que han requerido tres tomos. Están presentes los mejores estudiosos de cada una de las especialidades, asumida alguna que otra inevitable ausencia.

El hilo conductor elegido para articular la obra ha sido, genéricamente, el Mediterráneo en el "umbral" del clasicismo, un más que flexible marco histórico-cultural. El subtítulo, al oponer la tradición a la innovación, no pretende reflejar ninguna corriente de investigación determinada, sino acoger estudios de variado enfoque y metodología. El homenaje se convierte así en obra de consulta obligada, pues no habrá especialista que no encuentre estudio de su interés.

¹ Agradezco al Dr. César Fornis su ayuda en la traducción al castellano en ambas reseñas.

La obra se divide en tres únicas partes: *Storia e culture*, *Archeologia e arte* y *Lingue e civiltà*. A pesar de ello, resulta difícil clasificar cada trabajo de acuerdo a tal división. Sobre todo en el caso del primer y último apartado, cuyos límites comunes son a veces vagos. De la misma manera, se aprecia la dificultad de subdividir cada parte. Por ejemplo, el tomo dedicado a "Historia y cultura" recoge contribuciones que estudian, solas o relacionadas entre sí, fuentes de épocas muy diversas: Fuentes próximo-orientales (los trabajos de S. M. Chiodi, F. D'Agostino, G. F. Del Monte, P. Mander, etc.); egipcias (S. Donadoni, S. Pernigotti); creto-minoicas (M. Marazzi); propiamente fenicio-púnicas (G. Garbini); bíblicas y parabíblicas (P. Sacchi, J. A. Soggin); clásicas (E. Bresciani, G. Brizzi, A. Ferjaoui, D. Musti); bizantinas (M. Mazza), árabes (F. Gabrieli) e incluso fuentes muy posteriores (E. Gubel; G. Steindler). Se recogen artículos que estudian fuentes materialmente diferentes: la mayoría textuales o arqueológicas, pero también estrictamente epigráficas (P. Bordreuil) o numismáticas (A. Cutroni Tusa, L.-I. Manfredi). Contribuciones con objetivos variados: historia política (Bondi), historia socio-económica o socio-política (F. D'Agostino, M. Liverani —con una breve y lúcida introducción epistemológica—, C. Zaccagnini), historia de las religiones (C. Bonnet y P. Xella, S. Ribichini, F. Michellini-Tocci), historia de la filosofía (F. Mazza), etc. De la misma manera, tampoco hay uniformidad en la amplitud espacial o temporal de lo tratado. La heterogeneidad, mínimamente clasificada, es el precio a pagar por la riqueza de contribuciones.

Añádase que artículos aparentemente próximos en tema y fuentes reciben un enfoque y tratamiento en modo alguno cercano. Valgan como ejemplo las contribuciones numismáticas. Tanto A. Cutroni Tusa como L.-I. Manfredi se dedican, grosso modo, al estudio de las amonedaciones púnicas y neopúnicas del Norte de África. Mientras el artículo de A. Cutroni es un breve conjunto de consideraciones generales sobre la "política monetaria" de Cartago, la contribución de L.-I. Manfredi es un extenso estudio de las leyendas de dos monedas neopúnicas. Pero en general la calidad es alta y abundan las sorpresas útiles, como el breve repaso de Briquel-Chatonnet a la historia de una de las ciudades fenicias más olvidadas: Arwad.

Sobre todo ello se superpone cierta saludable tendencia, que hubiera sido grata al propio Moscati, a trascender los límites de cada especialidad en métodos y conclusiones. A veces mediante el confrontamiento directo de fuentes diversas, como los artículos de A. Catastini y L. Troiani (fuentes clásicas y hebraicas), P. M. Costa (el periplo griego del mar Eritreo y la toponimia árabe), A. Ferjaoui (Heródoto y hechos culturales semíticos), etc. Otras veces de manera menos usual, como M. Fales, asiriólogo que estudia la transmisión de una vieja tradición próximo-oriental hasta la Italia de Bocaccio.

Mención aparte merecen los artículos relacionados con la península ibérica. Interesante resulta la revisión por parte de M. Fernández-Miranda y A. Rodero de la idea del "Círculo del estrecho" que hace ya casi treinta años propusiera Tarradell. Aunque los autores no olvidan las fuentes textuales, la reflexión es esencialmente arqueológica. C. González Wagner aborda la periodización de la cronología fenicia en España. El resultado es en la práctica una síntesis de la postura del autor (en método y conclusiones) sobre la expansión mediterránea fenicia, con la conflictiva causa "agrícola" a la cabeza. Los "barcos de Tarshish", otro tema recurrente en el que también S. Moscati abrió nuevos caminos, sugiere a H. J. Katzenstein algunas reflexiones sobre la navegación fenicia.

Uno de los más interesantes artículos de la sección primera, el trabajo de C. Bonnet y P. Xella, da muestra de las intensas relaciones habidas entre fenicios y egipcios en el Levante mediterráneo y sus repercusiones en Occidente. Incumbe a la investigación peninsular a través de la llamada "Astarté de Sevilla" o "del Carambolo". La famosa pieza, hoy en el museo de Sevilla, representa a la divinidad Astarté-*hr*, como

la inscripción de su pedestal indica. La interpretación del epíteto o epiclesis ha sido largamente discutida. Diferentes traducciones ("Astarté de la ventana", "de la cueva", "el pozo" o "la tumba") tendían a caracterizar funcionalmente a la diosa. La Astarté de Sevilla era, hasta la aparición reciente de un nuevo epígrafe, el único testimonio fenicio de la divinidad. Vuelven C. Bonnet y P. Xella al estudio de todos los testimonios conocidos sobre la Astarté (ugaríticos, egipcios, fenicios). Los autores retoman el sentido "Astarté hurrita", "del país hurrita", para la diosa en las fuentes más antiguas. En Egipto, la Astarté se entendería "siria", "de Asia". Con tal sentido, o bien como teónimo fosilizado, se habría propagado de la mano de los fenicios, llegando inciso en una pequeña estatuilla hasta tierras adentro del extremo Occidente. La interpretación no puede ya iluminar los atributos funcionales de la diosa, ni negar tampoco ninguno de los rasgos que le han sido atribuidos, como pudiera ser el carácter ctónico. La propuesta responde con coherencia a los problemas del conjunto de testimonios.

Las contribuciones sobre "Arqueología y arte" merecen una consideración similar a las anteriores: abundantes, heterogéneas, fértiles a cualquier cata. Valga de nuevo el ejemplo de los trabajos sobre la península ibérica y Baleares. M. Almagro-Gorbea dedica su artículo a los peines de marfil "precoloniales", con objeto de dar raigambre hispánica a los marfiles occidentales fenicios más tardíos. Encuentra así un elemento material más con el que definir la etapa "precolonial" como periodo de contacto cultural, después manifestado en simbiosis. Por su parte, M. E. Aubet prefiere contribuir con algunas claras notas sobre la arqueología funeraria fenicia en Andalucía. En ellas queda patente la todavía parca información de la que disponemos en relación con la que razonablemente cabría esperar. No es la única contribución que muestra cuánto nos queda por saber. J. Blázquez repasa de forma somera la importancia de los fenicios como propagadores de la cultura egipcia en Occidente. A pesar de la obvia aceptación del papel de los fenicios en la transmisión de materiales egipcios al Mediterráneo occidental, o quizá por ella, no abundan los trabajos al respecto. Hay menciones al orientalizante hispano en el breve artículo de J. Gran-Aymerich, sobre todo a través de una escueta referencia a Cancho Ruano. H. Niemeyer se remonta de la particularidad de un hecho material a una reflexión general sobre las interrelaciones mediterráneas en el I milenio a. C. Mucho más específicos son los trabajos de F. Fernández Gómez o J. H. Fernández. El mundo insular está cubierto con un nuevo contraste entre las útiles reflexiones generales de C. Gómez Bellard sobre la Ibiza fenicia y el estudio de M. P. San Nicolás sobre una figura en piedra hallada en la isla.

En el apartado "Lengua y civilización" se repite la imagen del tomo inicial. Hay contribuciones que tratan desde la Europa prehistórica (W. Belardi, sobre testimonios lingüísticos) a la hispano-musulmana (A. Borruso, sobre Avicena), pasando por Ebla (P. Fronzaroli, G. Pettinato), el acadio (C. Saporetto), el etrusco (M. Cristofani), el hebreo (G. Chiera), el urarteo (M. Salvini) o el Sánscrito (el informe de O. Botto). Hay contribuciones, como la de M. G. Amadasi, que podrían encontrarse junto a las epigráficas del primer apartado. Pero su extenso estudio filológico pone brillante apertura al último tomo. Entre el conjunto de inscripciones que proporciona a la autora fórmulas y elementos cronológicos, aparece de nuevo una pieza hispánica: el Harpócrates del M. A. N. de Madrid. No faltan trabajos comparativos sobre viejas cuestiones aún no enteramente satisfechas; p. ej., P. Marrasini y su estudio del artículo determinado en el semítico noroccidental; en otra línea, W. Röhlig se inclina por un problema lexicográfico más concreto, aunque no constreñido al semítico del noroeste. Como hecho a lamentar, frente a la abundante contribución hispánica de los dos primeros apartados, ni autores ni objetivos de estudio hacen recordar a la península ibérica en el tomo que cierra el libro.

En definitiva, una obra imprescindible en las bibliotecas de múltiples centros de investigación, fruto de un gran esfuerzo director y digno homenaje a uno de los investigadores más relevantes del siglo que se cierra.

J. A. Zamora
CSIC, Madrid

H. G. Niemeyer, *Semata. Über den Sinn griechischer Standbilder* (=Berichte aus den Sitzungen der Joachim Jungius-Gesellschaft der Wissenschaften. E.V. Jahrgang 14, Heft 1), Hamburgo 1996. 73 págs., 8 láms. ISBN 3-525-86288-1.

En su estudio sobre las estatuas griegas de hombres y dioses, H. G. Niemeyer pretende ahondar en el aspecto, no tanto formal como de contenido, de dichas representaciones; es decir, partiendo de unas características formales ya conocidas y que él no estudia aquí, busca el sentido de dichas representaciones en la Grecia arcaica y clásica utilizando paralelos sacados de otras fuentes, especialmente literarias y epigráficas, y modelos anteriores, griegos y de otras culturas, que ayuden a entender y a dar a dichas representaciones un contenido. Para el A., el sentido de las estatuas radica en el retrato que los hombres hacen de sí mismos y de los dioses, en la relación entre la estatua y la persona a la que representa, incluso cuando en aquella no haya un solo rasgo físico que pertenezca realmente a ésta. El estudio comienza buscando una explicación a la terminología en la propia lengua griega tal como aparece en las inscripciones que desde época arcaica acompañan las estatuas y estelas funerarias, y en las que se encuentra con frecuencia el término *sema*, refiriéndose a la tumba completa o a la estatua del muerto, como sustituto de la persona allí yacente. El A. estudia otros términos que van apareciendo en época arcaica: *mnéma*, *ágalma*, *xóanon*, señalando las diferencias respecto a *sema* y la evolución de sus sentidos en la que las representaciones son principalmente sepulcrales y votivas en los templos, y existen unos tipos fijos, la Kore desde mediados del s. VII, el Kuros desde un poco más tarde, y figuras sentadas. Todos estos tipos son representaciones ideales. En época clásica aparece un nuevo género con la estatua honorífica, cuyo comienzo ve el A. en las estatuas de Armodio y Aristogitón. Comienzan así las tendencias realistas, pero realistas tan sólo en el sentido de que se busca el retrato humano, no unas coincidencias totales con la persona representada como ocurre con el retrato de Temístocles, el ejemplo más antiguo de individualización. En todos los casos se cree en un efecto mágico de la representación. Ésta, *el sema*, sustituye a la persona o la divinidad. Después de ese repaso a las representaciones griegas de época arcaica y clásica, el A. dedica un capítulo a la historia de la investigación en este aspecto, refiriéndose a interpretaciones que contrastan con las suyas y con las de otros historiadores de la religión, como Burkert. Por último examina los modelos anteriores en cuya tradición puede encontrarse el sentido de las representaciones griegas: las representaciones humanas figuradas ya desde el neolítico con carácter mágico como los famosos ídolos de mármol de las Cícladas, los betilos, las grandes losas funerarias sin esculpir que se encuentran ya desde el s. XVIII a.C., por ejemplo en la cultura minoico-micénica y que sin duda reflejan el recuerdo del muerto. El A. también encuentra modelos reveladores y posibles influencias en otras culturas, especialmente la egipcia con sus escenas sepulcrales de figuras hieráticas desde el tercer milenio a.C., y en la oriental, incluidas Anatolia, Siria y Palestina con sus monumentos anicónicos de un animismo mágico.

El A. ve en la evolución de este tipo de escultura griega la misma consideración mágico-irracional y animista que sub-

yace por ejemplo en el ritual del cazador prehistórico cuando representa la presa que va a cazar. La importancia de estas esculturas en relación con las tumbas se debe a las creencias de los antiguos en la vida después de la muerte. Por otra parte, también puede verse en ellas una evolución paralela a la que marca el paso del mito al logos, pues el carácter ideal de la representación va siendo sustituido por la mimesis, mimesis de una realidad histórica que se refleja mediante tipos sociales; surgen así las representaciones del filósofo, del orador, del poeta.

M.ª Paz de Hoz
Universidad de Salamanca

Iscrizioni Greche e Latine del Foro Romano e del Palatino. Inventario generale. Inediti-Revisioni. A cura di S. Panciera, Tituli, 7. Roma, 1996, 418 págs. I-XLIII tavole + II carte. ISBN no tiene.

Cuando uno pasea por el Foro Romano no puede casi evitar el sentimiento que embargó a E. Gibbon¹ un día de octubre de 1764: la sensación de estar ante un campo de ruinas de una gran civilización ya irremediadamente fragmentada e irrecuperable. Pero esa misma sensación, que se puede mezclar con la nostalgia, resulta a la vez (como sucedió en el caso de Gibbon) estimulante para el estudio y para la reflexión. Si la visión de las ruinas del Foro Romano animaron al gran historiador inglés a emprender su modélica obra sobre el porqué del final del Imperio Romano, un visitante atento a tanto monumento y a tanto vestigio no puede por menos que sentirse igualmente impulsado a su análisis y recomposición.

Algo semejante parece que le sucedió al profesor Silvio Panciera en febrero de 1965 cuando tomó posesión del puesto en la *Soprintendenza a l'Antiquità di Roma IV* (Palatino e Foro) y hubo de realizar, como primer acto oficial de su nuevo cargo, un «giro» de inspección por el Palatino. Fue entonces —declara él mismo en la introducción al libro que comentamos— cuando le nació la primera idea de realizar este libro². Numerosas inscripciones, completas, fragmentadas, a veces de sólo una letra, pueblan el foro romano y el Palatino. Origen, procedencia, lectura, restitución, traducción, interpretación, constituyen otros tantos desafíos para el historiador, el arqueólogo y, sobre todo, para el epigrafista. Porque ante su sola autopsia uno siente la sensación de que la historia del corazón de la *Urbs* y, por tanto, también de una parte de la historia de Roma, reside en ellas.

La «colección» supera las 2.300 inscripciones, editadas o inéditas, muchas depositadas en diversos museos dentro y fuera de Roma; otras, *in situ* aún; muchas transferidas a otros lugares durante la misma Antigüedad o posteriormente; y algunas, desaparecidas.

Poner en orden todas ellas, revisar algunas de las más significativas conocidas y publicar las inéditas —el catálogo incluye 207 entre editadas, inéditas y revisadas—, situarlas en su adecuado contexto histórico es el objetivo de este libro. Su redacción supone una larga y ardua labor de organización y catalogación llevada a cabo con la meticulosidad y acribía que caracteriza tanto al profesor Panciera como a su equipo de la Universidad de La Sapienza, integrado por numerosos colaboradores.

El repertorio de las inscripciones del Foro Romano ocupó ya en el siglo pasado a los investigadores, dando como resul-

¹ Ver E. Gibbon, *Memoirs of my life*. Penguin, 1984, p. 16 y p. 143.

² «*Fu comunque allora che nacque la prima idea di questo libro*»: p. 8.

tado el extenso trabajo de H. Jordan³. Mucho más tarde, G. Lugli incluía una amplia selección de los epígrafes del Palatino en su clásica obra sobre las fuentes referidas a la topografía de Roma⁴. Las inscripciones, a su vez, se hallan recogidas en muchos otros repertorios como el CIL, las ILS o las *Inscriptiones Italiae* de A. Degrassi.

La primera parte del libro de Panciera y su equipo se dedica a un inventario muy útil en el que aparecen todas las referencias necesarias para conocer la localización, publicación, proveniencia, lugar de conservación y bibliografía que haya originado cada una de ellas (págs. 39-79 y 79-98). Dos plantas esquemáticas y actualizadas del Foro y del Palatino respectivamente, con sus coordenadas, permiten rápidamente conocer las circunstancias y referencias de los epígrafes.

La segunda parte (págs. 99-139)⁵ se dedica al estudio de los *elogia* del Foro Romano y sus problemas históricos y epigráficos. En efecto, en 1937 Degrassi publicó los *elogia* del Foro de Augusto, pero incluyó varios que atribuyó topográficamente como colocados en algún edificio del Foro romano en razón de sus características y tipología. La cronología de la realización de estos *elogia* está fijada, para el Foro de Augusto, con posterioridad al año 9 a.C. y no antes del 11-12 (también a.C.). Los del Foro Romano son inmediatamente anteriores. Estas precisiones cronológicas resultan fundamentales porque unos —los del Foro Romano— condicionan y preanuncian los de Augusto; y, como consecuencia, los augusteos señalan las posibles monumentalizaciones de los foros coloniales. Los personajes celebrados en ambos son prácticamente idénticos, así como los textos para ambos (pág. 100). Los inéditos se publican ahora en las págs. 103 a 130.

El estudio y restitución de los textos es ejemplar. Por su interés para la historia de la Península Ibérica destacaré aquí el fragmento 5 (pág. 117; Lapidario Forense, inventario 5.364; Neg. Sopr. 8.800/8, Tav. V, fig. 6), cuya clave de lectura se encuentra en la línea tercera: [---] *istratu vac* [---] que la autora, Clementina Corbellini, reconstruye: *in eodem mag[ist]r[ati]stratu vac[ua]e subegit, ex his triumphavit... etc.*, referencia al triunfo del año 178 a.C. de Postimius Albinus sobre los *vacceos* (pág. 119).

Igualmente de interés para el período de la conquista romana es el fragmento número 20 (págs. 127-128), hallado en las cercanías de la basílica Aemilia (Lapidario Forense, inv. 5.343. Neg. Sopr. 8.872/17) en el que [---] *ento* [---?] [---] *r co* [---] se reconstruye como el *cognomen* Cento (Ap Claudius Cent[us] h[ic]), recordado en *los fasti capitolini* por la *ovatio* recibida en el año 174 *ex Hispania Celtiberia*, con lo que la restitución sería: [Ap. Claudius C] *ento* [---] *praeto*] *r co* [s].

El resto de los fragmentos de *elogia* están reconstruidos con argumentos históricos y epigráficos que resultan siempre convincentes y apropiados.

A. Degrassi publicó seis de estos *elogia* fragmentados. En la obra de Panciera se publican once inéditos y cinco más en un *addendum*, con lo que tenemos 22 *elogia* pertenecientes a la serie del Foro romano. ¿Dónde se hallaban? Todos los indicios de los hallazgos apuntan a que se encontraban muy cerca de la basílica Aemilia, «monumento forense custode per eccellenza della tradizione repubblicana, onoraria e trionfale» (pág. 133)⁶.

Los *elogia* del *Forum Romano* son precedente y causa de los del Foro Augusto, con lo que se puede afirmar que estos últimos no constituyen ninguna novedad especial, sino que son una continuidad de una tradición en la que la «*valenza trionfale non fu l'unica componente ideologica*» (pág. 135). De-

grassi había observado ya⁷ no sólo que Augusto en el año 20 no pensaba construir su foro, sino que todos los trabajos debieron comenzar hacia el 12-11 a.C. y que los *elogia* correspondientes no fueron compuestos sino después del año 9 a.C., fecha de la muerte de Druso Mayor. Por tanto, la apertura al público del conjunto debió de ser después del 9 y no más tarde del 2 a.C.⁸. No hace falta insistir aquí sobre la importancia de estas cronologías, sobre todo cuando se trata de asignar fechas a los foros que, como por ejemplo el de *Augusta Emerita*, imitan en iconografía y programa al de Roma.

Es importante subrayar, igualmente, la precedencia de estos programas iconográficos de *virii triumphales* y de personajes históricos del período medio republicano que se detectan, no sólo en el espacio de la basílica Aemilia, sino también en otros foros de colonias y municipios itálicos, como sería el caso de *Tusculum*⁹. A este propósito es igualmente muy sugestiva la indicación de Laura Choffi, en el sentido de que las referencias virgilianas (Aen. VI, 756-892) al «cortejo» de personajes ilustres y antecesores «*pur se influence ai fini dell'attuazione programmatica degli elogia del foro di Augusto, potrebbe, invece, aver tratto ispirazione da modelli esistenti ivi compresi gli elogia del Foro Romano*» (pág. 142).

Entre las inéditas el libro publica una serie de inscripciones dedicadas a emperadores (págs. 151-206, nn. 29-61) en las que el estudio de la titulación imperial resulta de gran interés y precisión¹⁰. Destaca un notable grupo de estatuas imperiales tardorromanas que denotan una actividad ciudadana hasta épocas muy tardías. Se registran luego inscripciones de magistrados y *collegia*, así como una serie de lápidas funerarias, muchas de ellas de procedencia desconocida, que diversos avatares llevaron hasta el lapidario forense.

La cuarta parte del libro se dedica a revisiones de inscripciones en el CIL o en otros lugares¹¹ y se complementa con la revisión (realizada por Silvio Panciera) de los fragmentos del *epistilio* encontrados detrás de la *Curia Senatus*, publicados originalmente por Bartolli¹² y que halla en su interpretación una versión definitiva y convincente.

El libro termina con una reducida serie de inscripciones cristianas y se completa con índices, fotos y planos que hacen del volumen un modelo de sobriedad, precisión y prudencia científica, al tiempo que un instrumento de trabajo indispensable que nos ha recuperado parte de las antigüedades del Foro Romano y, consiguientemente, también parte de su historia.

Javier Arce

Universitat Rovira i Virgili, Tarragona

J. Köhler, *Pompai. Untersuchungen zur hellenistischen Festkultur*. Frankfurt am Main, Peter Lang-Europäischer Verlag der Wissenschaften (Europäische Hochschulschriften Archäologie, XXXVIII/61), 1996, 195 pp. ISBN 3-631-30293-2.

El estudio que Jens Köhler dedica a las *pompai* en época helenística tiene por objetivo examinar los cambios que experimenta la fiesta helenística respecto a épocas anteriores,

⁷ En *Epigraphica*, 7, 1945, pp. 88 y ss.

⁸ Pp. 136-137.

⁹ Ver J. Arce *et alii*, *Chiron*, 27, 1997, pp. 287-296.

¹⁰ Entre las referencias se podría haber citado J. Arce, *Estudios sobre el emperador Juliano*. (Fuentes Literarias. Epigrafía. Numismática), CSIC, Madrid, 1984.

¹¹ Núm. 149; Jordan I. c. p. 309, núm. 189.

¹² A. Bartolli, *Curia Senatus*, Roma, 1963, pp. 64-66.

³ H. Jordan, *Sylloge inscriptionum Fori Romani*, *Ephemeris Epigraphica*, III, 1877, pp. 237-310.

⁴ C. Lugli, *Fontes Topographiam veteris Urbis Romae pertinentes*, VIII, Roma, 1962.

⁵ Firmada por Laura Choffi.

⁶ Opinión ésta formulada por Filippo Coarelli.

centrando la investigación especialmente en el material escrito (fuentes literarias e inscripciones), con mención sólo en algunos casos del arqueológico. Como antecedente a la época que estudia, y con el fin de demostrar sus conclusiones respecto a dichos cambios, hace una descripción muy general de las Panateneas y las Dionisiacas de época clásica, y señala como elementos constantes la procesión, la ofrenda o sacrificio, el banquete y los agones, cuya sucesión es tradicional y además justificada culturalmente. Por otra parte muestra un cierto cambio a finales de la época clásica hacia un mayor lujo en los elementos de la procesión y hacia una infiltración de contenido político en el culto. Para el estudio de la fiesta helenística el autor elige cuatro fiestas bien atestiguadas. Las grandes fiestas de los soberanos aparecen ejemplificadas mediante las Ptolomaia de Ptolomeo II Filadelfo en Alejandría; las fiestas a las divinidades poliadas mediante la fiesta en honor de Zeus Sosípolis y Artemis Leucofríene en Magnesia junto al Meandro; las fiestas honoríficas urbanas mediante la fiesta en honor a Diodoro Pasparo en Pérgamo, y las fiestas triunfales romanas mediante el triunfo de P. Cornelio Escipión el Africano en Roma. En todos los casos la descripción se hace distinguiendo los cuatro elementos principales ya señalados para la época clásica. Como rasgos comunes de estas fiestas señala el hecho de que sean creadas a partir de un acontecimiento concreto (victoria militar, éxito diplomático, aparición divina o una mezcla de éstos), el elemento religioso presente en todas ellas, su carácter urbano y su magnitud.

Después de esta presentación, Köhler pasa a analizar los elementos de la fiesta helenística fijándose especialmente en aquellos que suponen o que incluyen una innovación respecto a la fiesta en épocas anteriores, y centrándose en la procesión debido a su carácter público, frente al banquete, y a su mayor predisposición a los cambios, frente al sacrificio, más tradicional. Los elementos analizados y su tratamiento demuestran que el autor ha elegido aquellos que reflejan la magnitud y el lujo de la fiesta helenística. A través de su análisis nos hacemos una idea de las dimensiones, entendiendo por ello todos los datos mesurables de la fiesta: las multitudes y el número de víctimas del sacrificio, los objetos para el banquete, el personal implicado, el lujo material indicado en cantidad o peso de oro, plata, piedras preciosas, marfil, etc., y que aparece en estrecha relación con el fenómeno de la *tryphé*, es decir, la sobreabundancia y el derroche, los pesos y medidas de los objetos de culto y las representaciones; la duración y el número de partes de la fiesta, así como la cantidad de elementos en el contenido, por ejemplo la veneración en las Ptolomaia no sólo de Ptolomeo, sino también de Zeus, Dioniso y «todos los dioses». Nos hace ver el aspecto técnico de la fiesta: los medios de transporte, las obras de arte mecánicas (como la estatua de Nysa en las Ptolomaia, que se levantaba y sentaba, vertiendo leche de un cuenco de oro al levantarse), las obras arquitectónicas, especialmente aquellas creadas exclusivamente para el acontecimiento; los elementos extranjeros que se incorporan en la fiesta helenística (procedentes de Etiopía y sobre todo de la India en las fiestas griegas, y de Grecia en las fiestas triunfales romanas) y las modificaciones mitológicas y religiosas motivadas por dichos elementos; el lenguaje simbólico: su valor estético, tipos (pinturas, estatuas, representaciones vivientes) y variantes (representaciones de los dioses, atributos divinos, cuadros móviles de varias figuras representando escenas mitológicas, personificaciones, símbolos, representaciones de contenido histórico, aclaraciones escritas u orales), la recepción por parte del espectador y la reacción que todo el lenguaje simbólico producía en él. Estudia los datos referentes a la organización de la fiesta: las prescripciones culturales que afectaban a la celebración y el personal responsable de su buen transcurso; personas activas en la celebración (como los *technitai* dionisiacos, otras asociaciones culturales, desfiles militares en las fiestas de soberanos,

actores profesionales, artistas); el papel de los espectadores; los recursos para ganar su interés; normas sobre su vestimenta; formas de dirigir y controlar a la muchedumbre. Por último se analizan las distintas personas implicadas en la fiesta (fundador, organizador, financiador, personas activas en la celebración, grupos de espectadores), con especial dedicación a los soberanos y otras personas privilegiadas (sustitutos de éstos, vencedores en agones, la juventud masculina, militares, distintos cargos políticos y culturales), y a los grupos a quienes iba dirigido el espectáculo (la población griega o helenizada en el caso de las fiestas de los soberanos, un público panhelénico en las fiestas urbanas, los romanos en las fiestas triunfales romanas, los dioses, hombres poderosos en la política o ricos benefactores en las fiestas honoríficas, enemigos y concurrentes en las fiestas de los soberanos).

Las conclusiones a las que llega el autor son las siguientes: las condiciones históricas hacen de los soberanos de época helenística poderosos y ricos jefes con grandes dominios que para demostrar su fuerza tanto a sus súbditos como a sus enemigos celebran grandes fiestas. En las procesiones de estas fiestas desfilan el botín y los soldados como testimonio de sus victorias, y toda clase de riquezas, objetos lujosos y exóticos, innumerables personas, víctimas de sacrificio y ofrendas, construcciones arquitectónicas, complejos objetos móviles de gran ingenio técnico y variadas representaciones mitológicas e históricas. Característicos de estas fiestas eran el derroche y el exquisito cuidado en la organización.

Por influencia de estas magníficas fiestas empezarían a organizarse algo más tarde las fiestas de las nuevas ciudades y las triunfales romanas. El objetivo y los elementos festivos de estas últimas no diferiría mucho de las de los soberanos helenísticos. Característica de las fiestas urbanas era su ambición panhelénica, para la que organizaban un complejo sistema de embajadas y propaganda. La iniciativa de estas grandiosas fiestas urbanas la tenían los círculos dirigentes políticos y económicos de la ciudad, con el importante papel de ciudadanos aislados. Las fiestas honoríficas tenían elementos de las urbanas y de las de los soberanos.

La fiesta helenística y en concreto de comienzos de este periodo se caracteriza pues, frente a la época anterior, por un notable cambio en sus aspectos externos, que tiende a una mayor magnitud (cuantitativa y cualitativa). Estas conclusiones son en realidad las esperables a juzgar por lo que se observa en los demás aspectos de la vida de esta época. El mayor mérito del libro radica, a mi juicio, en su estupenda reconstrucción a partir de las fuentes de la fiesta helenística y la capacidad del autor de hacer desfilar las procesiones ante nuestros ojos con toda su grandiosidad. Hay que añadir la detallada información bibliográfica presentada para cada una de las cuatro fiestas descritas y las útiles tablas que presentan los distintos elementos de cada fiesta según las distintas fuentes. El análisis corrobora sin embargo -frente a lo que el propio autor afirma en la introducción- las afirmaciones de Nilsson, Bömer y otros autores sobre una laicización de la fiesta griega. En su reconstrucción predominan los motivos políticos, y los cambios que se producen respecto a épocas anteriores están relacionados con los intereses políticos y económicos. Por otra parte se echa de menos en el análisis el tratamiento de aspectos puramente culturales. En los elementos extranjeros el autor no habla de las divinidades indígenas y sus fiestas. Las fiestas dedicadas a las divinidades poliadas estaban influidas como él dice por las fiestas de los soberanos, pero faltan por analizar los elementos heredados de las fiestas indígenas. Zeus Sosípolis y Artemis Leucofríene son sin duda formas helenizadas de dos dioses locales que tenían sus propias fiestas antes de la llegada de los griegos.

María Paz de Hoz
Universidad de Salamanca

M. Spanu, *Keramos di Caria. Storia e monumenti*, Roma, «L'Erma» di Bretschneider, 1997, 222 págs. + 28 láms. ISBN 88-7062-979-1.

En su obra M. Spanu trata de reconstruir la historia de *Keramos* - una de las póleis microasiáticas que, a diferencia de *Halikarnassos*, *Kaunos*, *Knidos*, «hanno avuto la strana sorte di essere quasi completamente trascurate dall'attenzione scientifica» (p. 9 de la Introducción).

En la parte inicial del libro, «Storia degli studi», Spanu indica que la primera página de la investigación científica de la historia de *Keramos* fue abierta por el viajero inglés R. Wood que en el año 1750 había atravesado el Mediterráneo para ver las ruinas de Palmira (p. 11). Las tentativas primarias de reconstruir el urbanismo de *Keramos*, a base de los restos materiales, pertenecen a G.B. Borra, arquitecto italiano y coetáneo de R. Wood. Según mi opinión, son curiosas y merece la pena verlas (p. 12). Pues resulta que a principios del siglo XX, cuando los arqueólogos italianos abrieron la era de excavaciones sistemáticas en Caria, de *Keramos* no se sabía prácticamente nada y sólo en los años 80 ven a la luz las primeras publicaciones científicas consagradas a la historia de esta polis. La obra pionera pertenece a E. Varinlioglu («Die Inschriften von *Keramos*», Bonn, 1986) y la monografía de M. Spanu es, de momento, la última en esa «mini-serie». Este hecho, ya por sí mismo, la hace interesante y de consulta imprescindible para todos los que nos dedicamos a la historia del helenismo mediterráneo de las épocas antigua y bizantina.

La segunda parte del libro está consagrada a la reconstrucción de las principales etapas de la historia de *Keramos*. Aunque el silencio de los autores antiguos a priori convierte en vanas todas las tentativas de calcular la fecha de su nacimiento, gracias a la epigrafía se puede hablar de su existencia con estatuto de polis a partir de la época de actividad política de la Unión Delio-Atica (p. 16). Las páginas importantes de la historia de *Keramos* se relacionan con la época de los Selucidas y Ptolemaidas y, sobre todo, con el período del dominio de Rodas, cuando *Keramos* obtuvo derecho de acuñar su propia moneda de plata y bronce a base del estándar rodio. Hoy se cuenta con unas 15 monedas de este tipo, catalogadas por el autor (pp. 45-47). En el año 167 a.C. *Keramos* recibió libertad como consecuencia de uno de los «decretos orientales» del Senado Romano, para perderla en el año 129 a.C., esta vez a favor de Roma. Su historia de la época imperial se halla en tinieblas. Siguiendo la tradición literaria antigua, reconocemos esta ciudad solamente como la patria del eminente atleta Polites. Sin embargo, los recientes hallazgos epigráficos, sistematizados por Spanu (pp. 56-57), permiten, según su opinión, hablar de gran importancia que tenía *Keramos* en aquella época como una rica ciudad portuaria (p. 20).

La tercera parte del libro («Topografía e urbanística») es, tal vez, la más informativa puesto que está consagrada enteramente a la arqueología de *Keramos*. De una manera pormenorizada, Spanu caracteriza los muros de la ciudad (pp. 64-92), el modo de organizar el espacio interior (pp. 64-156) y exterior, adyacente a las fortificaciones y representado por el puerto, acueducto y las necrópolis (pp. 157-182). El autor cree que el plano hipodámico fue el rasgo principal del urbanismo de *Keramos* desde la época de su nacimiento (p. 183-187). Sus fortificaciones, bien construidas, no sólo cumplían su función esencial, sino que estaban destinadas a acentuar la riqueza y el bienestar de la ciudad helenística y, después, romana. El ágora ocupaba un gran barrio de la parte oriental de *Keramos*, contaba con distintas edificaciones de carácter comercial, incluyendo dos tabernas, almacenes y sótanos, y tenía sus propios muros. En la *Keramos* helenística había palestra, gimnasio, ninfeo, termas y teatro. En estado de investigación preliminar se halla la acrópolis con los restos de edificios cuya función no está determinada por ahora (pp. 152-156).

Keramos se hallaba rodeada de cuatro necrópolis, la más antigua de las cuales (la oriental, A) se comunicaba con la ciudad por una vía de piedra enlosada que conducía hacia un antiguo santuario extraurbano. De la necrópolis septentrional, B, se ha conservado una sola tumba —de arquitectura lujosa y comparable, a juicio de Spanu, con los enterramientos de la *Hierapolis* de las épocas tardorrepública y bajoimperial—. La necrópolis meridional, C, ocupaba el mayor espacio y se caracterizaba por el rito de la inhumación en sarcófagos del tipo de *Hierapolis*, *Adrassos*, *Elaiussa Sebaste*, *Korycos* y, sobre todo, de la vecina más cercana de *Keramos*, *Jasos*. La necrópolis occidental, D, que está representada por un conjunto de tumbas rupestres, seguía el modelo «panario» de la segunda mitad del siglo IV a.C. La ciudad de *Keramos* tenía su propio acueducto que, según dicen sus dimensiones, pertenecía al «bloque clave» de la infraestructura urbana (pp. 175-182).

En la monografía de M. Spanu hay un importante apéndice consagrado a la publicación de una inscripción del siglo I a.C. (pp. 191-193). La obra contiene también índice de nombres y lugares, se caracteriza por un rico material gráfico y una vasta bibliografía referente a la historia, arqueología, epigrafía y numismática de *Keramos*, por un lado, y a las numerosas obras de carácter comparativo, por otro. Como ya hemos dicho, hay dos catálogos de gran valor científico: el numismático y el epigráfico.

En resumen, quisiera indicar una vez más que gracias a la obra de M. Spanu se abre el camino para el estudio de la historia y cultura de *Keramos*, ciudad caria de larga vida y de marcada importancia en la escena microasiática y mediterránea oriental.

V. Kozlowskaia

Universidad de Vladimír, Rusia

M. Piérart y G. Touchais, *Argos. Une ville grecque de 6000 ans*, París, CNRS Editions-Paris Méditerranée, 1996. 127 págs., il. ISBN 2-271-05422-2.

La colección «Patrimoine de la Méditerranée», a la cual pertenece la obra que nos ocupa, tiene como principal objetivo recuperar el pasado histórico y arqueológico de los más destacados e interesantes lugares de la *koine* mediterránea. Esta vez le ha tocado el turno a Argos, el estado griego del nordeste de la península peloponésica, y nos llega de la mano de dos figuras señeras de la arqueología francesa en territorio heleno como son Marcel Piérart y Gilles Touchais, ambos miembros de l'École Française d'Athènes, que desde 1952 viene realizando excavaciones en los yacimientos de la Argólida. Un resumen de los resultados aportados por este trabajo sistemático veía anualmente la luz en el *Bulletin de Correspondance Hellénique* y en el *Archailogikon Deltion*, pero se hacía necesario un compendio que sintetizara los avances logrados en el conocimiento del estado argivo, sobre todo en el campo de la arqueología, y ésta es la principal virtud del opúsculo que aquí se reseña. Un paso en este sentido ya se había dado con la publicación en 1992 de *Polydipsion Argos* (BCH suppl. XXII), un estudio más exhaustivo del estado argivo entre las épocas micénica y clásica, editado por M. Piérart y que recogía las contribuciones que destacados especialistas presentaron al Congreso de Friburgo en 1987.

Los autores nos proponen, como el subtítulo indica, un recorrido por los seis milenios de antigüedad de la ciudad de Argos, desde el Neolítico hasta nuestros días, un amplio arco cronológico al que da unidad y continuidad el hecho de que el hábitat nunca se viera interrumpido. La historiografía moderna ha tendido a considerar a Argos un estado de segunda fila, eclipsado primero por Micenas en la segunda

mitad del II milenio a.C. y, a lo largo del siguiente, por los grandes *hegemonas*: Atenas y Esparta; sólo se le reconoce un papel de primer orden en el ámbito mítico —recordemos por ejemplo los ciclos épicos de los Siete contra Tebas o los poemas homéricos o la tradición sobre el retorno de los Heráclidas— y en los siglos VIII y VII a.C., cuando la temprana unificación del territorio —en la que el *Heraton*, enclavado en el espacio fronterizo, desempeña una función esencial como aglutinador, no sólo cultural sino también político, de los asentamientos periféricos a la llanura argiva— y su rápida adaptación a la táctica de combate hoplítica — en una de las grandes tumbas aristocráticas se halló una coraza y un casco que todavía hoy constituyen los elementos conservados más antiguos de una panoplia— posibilitaron que Argos disfrutara de un liderazgo temporal, al menos en el Peloponeso. Además de a estos aspectos, el libro nos permite asomarnos al polémico debate de la perenne hostilidad entre argivos y espartanos, jalonada de combates que dieron como vencedores —en ocasiones semilegendarios— casi siempre a los lacedemonios, dominadores del Peloponeso; y es que, como Isócrates, podemos ver en el estado argivo la impotencia y frustración que generan la lucha endémica con un vecino más poderoso.

El capítulo más extenso (págs. 40-60) se consagra a la ciudad clásica, cuya historia comienza con la humillante derrota de Sepea en 494 ante el rey espartano Cleónenes —que casi supuso la caída de la ciudad y sirvió como excusa de la actitud medizante observada en la lucha contra los persas—, pasa por las alianzas con Atenas en las guerras del Peloponeso y guerra de Corinto frente a Esparta, continúa con sus disensiones internas en el famoso *skytalismos* del 370 y finaliza con la alianza con Filippo II que evitó una nueva sangría en el cuerpo cívico argivo. Se atiende igualmente a la nueva reorganización del espacio urbano y de los santuarios —con especial atención al Hereo—, al desarrollo democrático de las instituciones y de la constitución argivas y a una economía esencialmente autárquica.

Tras un capítulo de «transición», centrado en la historia política de Argos en el último siglo de independencia griega, el siguiente nos muestra las transformaciones provocadas por la dominación romana, particularmente en la esfera institucional —municipal y provincial— y en la urbanística. El nacimiento de un imperio romano cristiano en 330 d.C. ha dejado su huella arqueológica bajo la forma de cementerios, basílicas e iglesias paleocristianas de notable importancia y que han suministrado materiales de gran interés. A través de las sucesivas ocupaciones cruzada, franca y veneciana, llegamos a los casi cuatro siglos de dominio turco de la ciudad, aunque contestado por los venecianos (1463-1830). Unos y otros han dejado como signo más visible sus trabajos de fortificación en la colina de la Larisa. Los autores tienen aún tiempo para evocar la llegada de los primeros viajeros europeos en busca de esa Grecia hasta entonces sólo soñada, para finalizar con un análisis de las estructuras del estado moderno surgido de la guerra de independencia.

El libro aparece bien ilustrado, con abundantes fotografías tanto de los paisajes argólicos como de los distintos yacimientos arqueológicos y los restos que han proporcionado, así como con mapas, reconstrucciones ideales y planos que permiten seguir la evolución urbanística de la ciudad. Todo ello se completa con un cuadro cronológico final y un glosario de términos griegos. Si en aras de la concisión podemos entender que se haya suprimido el aparato crítico, no podemos dejar de lamentar la ausencia de referencias a las fuentes, tanto literarias como arqueológicas, al menos en los pasajes o cuestiones más cruciales, máxime cuando la bibliografía es tan exigua como en este caso.

Por todo lo visto podemos concluir que la publicación de este libro no esconde, por tanto, grandes pretensiones ni mucho menos agota la discusión científica sobre ningún aspecto de la historia y la cultura argivas, sino que se concibe como una

especie de una guía histórico-arqueológica que introduce al lector, especializado o no, en el pasado remoto y reciente de una de las principales *poleis* griegas.

César Fornis
Universidad Complutense

C. de Simone, *I Tirreni a Lemnos. Evidenza linguistica e tradizioni storiche*, Firenze, Istituto Nazionale di Studi Etruschi ed Italic, Biblioteca di «Studi Etruschi», Leo S. Olschki Editore, 1996, 117 pp. + una lámina. ISBN 88-222-4432X.

En 1993, con ocasión del «Convegno» de estudios sobre la Magna Grecia dedicado al tema *Magna Grecia, Etruschi e Fenici*, el A. se planteó el problema de la etrusquidad de las inscripciones de Lemnos —pp. 89-121 de las Actas—, llegando a resultados que ha elaborado posteriormente en un artículo de *SE* 60, 1995 y en el libro aquí comentado, deudor a su vez de un nuevo documento presentado por L. Beschi precisamente en aquel coloquio.

En una primera parte de su obra el A. analiza, con la maestría que le es habitual al ocuparse de lingüística etrusca, algunas fórmulas onomásticas documentadas en una pesa de telar procedente del Kabirion de Chloi, la pieza aportada por L. Beschi, y en la estela de Lemnos. Según sus conclusiones se trata, no de formas de una lengua muy próxima al etrusco, sino simplemente de etrusco, y de etrusco que ya ha sufrido influencias de las lenguas itálicas.

En la segunda parte el A. examina las tradiciones históricas sobre Lemnos y sobre los tirrenos del Egeo y sus relaciones con los inevitables pelasgos y con los tirrenos de Italia, es decir, con los etruscos. Según él, el término «tirrenos» sería de origen griego, nacido en la costa noroeste de Asia Menor para designar a los etruscos emigrados a Lemnos e Imbros, y posteriormente aplicado a los etruscos de Italia, aunque es consciente del problema planteado por la antigüedad de este uso, atestiguado ya en Hesíodo. La confusión de pelasgos y tirrenos se produciría más tarde, quedando consagrada en el siglo V a.C.

Una tercera parte corona el trabajo resumiendo las conclusiones, precisando la fase etrusca de la historia de Lemnos, que habría durado desde c. 700 a.C. —fecha planteada por el A. a título de posibilidad y con toda clase de reservas— hasta la conquista ateniense de la isla, y señalando algunos problemas que plantea a la investigación futura la explicación propuesta en la obra. Finalmente encontramos índices de palabras y formas reconstruidas, y de fuentes.

El libro tiene la excelente presentación que caracteriza a la serie. Las erratas son escasas y afectan básicamente a algunas citas bibliográficas, como *Probelme* en n. 167 de p. 35 o «Gorro» por «Jorro» en n. 19 de p. 42. El uso del A. de citar el nombre de los autores clásicos, incluidos los más populares, en estricta transcripción resultará poco agradable a muchos lectores pero no se le puede criticar, a diferencia de su reiterado recurso en las notas al confuso e incómodo *op. cit.* que sí dificulta el manejo de la obra.

El resumen precedente no puede dar idea de la riqueza de una obra que trata por menudo los problemas que el argumento va planteando, lo que da lugar frecuentemente a investigaciones en sí mismas valiosas y que interesarán a etruscólogos o filólogos clásicos según los casos. No cabe duda de que se trata de una contribución mayor, indispensable en el futuro para la cuestión lemnia, para la historia etrusca arcaica y para el estudio de las tradiciones legendarias en la historiografía griega. Aún así al lector puede quedarle un resto de duda; la tra-

dición histórica y legendaria es excesivamente ambigua, no existe ningún apoyo explícito, arqueológico o historiográfico, para la llegada a Lemnos de unos emigrantes procedentes de Italia, y un etruscólogo tan significado como H. Rix acaba de interpretar la documentación lingüística en el sentido de unos tirrenos, de nombre nordegego pero no griego, que habrían emigrado a Italia —«L'etrusco tra l'Italia e il mondo mediterraneo», *L'Italia e il Mediterraneo antico*, Pisa 1995, 119-38, artículo que el A. no ha tenido ocasión de conocer—.

El A. consigue demostrar que no existen argumentos en contra de su tesis, ni lingüísticos ni de crítica de fuentes, y que los datos lingüísticos la apoyan decididamente. La tentación de dar por zanjada la cuestión es fuerte, pero sería prudente esperar confirmaciones positivas que probablemente sólo podrán venir de nuevos hallazgos en Lemnos o Imbros.

Javier de Hoz
Universidad Complutense

R. Olmos y J. A. Santos Velasco (eds.), *Coloquio Internacional: Iconografía ibérica e iconografía itálica: Propuestas de interpretación y lectura (Roma 11-13 nov. 1993)*, Serie Varia 3, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1997, 367 págs., figs. ISSN 1138-1809.

Uno de los resultados más significativos de la investigación de las últimas décadas aplicada a las sociedades antiguas, tan escasa e irregularmente dotadas de testimonios escritos, es el doble papel eminente que tiene la iconografía: como fuente histórica general y, más concretamente, como expresión de las estrategias utilizadas por los diversos sectores sociales —sobre todo por los aristócratas— para dar cuenta de unos valores y una cosmovisión que suelen expresarse, por lo general, a través de unas imágenes que tienen mucho que ver —por la propia incardinación que la religión tiene en lo social— con el horizonte religioso.

De ahí el interés que tiene el Coloquio desarrollado en la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma en otoño de 1993, que ahora se publica, en el que colegas españoles, italianos, franceses y alemanes estuvieron dialogando (contrastando miradas recíprocas, como indican los editores en su breve introducción) a partir de dos espacios tan ricos y comparables desde la perspectiva del lenguaje icónico (pero al mismo tiempo de tan señalada especificidad, pues la comparación sirve ante todo como aserción de las diferencias), como son el de los pueblos itálicos y los pueblos ibéricos, ubicados en unos espacios de Medio y Lejano Oeste respecto de las fuentes originarias del Mediterráneo oriental, a partir de las cuales se difundieron unos elementos sobre los que aquellas poblaciones reflexionaron para construir su propio discurso cultural.

El análisis de los temas iconográficos y de su evolución como expresión de los cambios acaecidos en la ideología de los poderes dominantes es una tarea que ha ocupado a especialistas de los dos mundos considerados. Así, Mario Torelli estudia los materiales —figurillas humanas y urnas de cabaña— aparecidos en las necrópolis de las primeras fases de la cultura lacial (ss. x-ix) como expresión simbólica de una nueva realidad en la que la familia aparece como forma económica dominante, afectando a la memoria y al símbolo de tres ceremonias diferentes: el del muerto, el de los parientes familiares y el del cónyuge. Partiendo del carácter colectivo y polisémico del mito, Massa-Peirault ha analizado una serie de elementos clave en la iconografía cerámica etrusco-itálica desde el último tercio del s. vii, señalando (en una línea comparable a la de Mauro Menichetti, *Archeologia del potere*. Re,

immagini e miti a Roma e in Etruria in età arcaica, Milano, 1994) el interés especial que tienen los temas de la iniciación juvenil y de la conquista y sucesión en el poder real (*ludus* de los jinetes saliendo del laberinto, lucha contra el león o el toro). Dichos temas están reflejando algo que se documenta asimismo en el resto del mundo itálico y entre los íberos: se eligen las estructuras míticas que mejor definen el imaginario político de los detentadores del poder para los que trabajan los artesanos. A lo largo del s. vi la aparición de imágenes relacionadas con el *symposion* estaría expresando, en oposición a los rituales reales anteriores, los valores más isonómicos de nuevas formas sociales. Igualmente, la iconografía del mundo indígena de la Basilicata es estudiada por M. Tagliente, indicando cómo al único tema figurado en los vasos del s. vii (el gesto «del luto» con manos hacia lo alto) suceden en el curso del s. vi —canalizados a través de la fundación de Metaponto— otros temas que documentan nuevos modelos de comportamiento adoptados en el proceso de transformación cultural (dominio del caballo, en relación con el *Despotes hippon* Diomedes; adopción de formas de religiosidad de matriz griega a través de divinidades antropomorfas...). En los ss. v-iv se extenderán los temas de la heroización del difunto, de motivos dionisiacos, de gestos rituales de carácter sacrificial, interrumpiéndose las cerámicas indígenas de tradición subgeométrica casi absolutamente en esta última centuria (a excepción de la zona daunia, donde vasos como el de Lavello documentan en el s. iii —tras la conquista romana— el tema del largo viaje al allende, en el que confluyen la helezación recibida y una romanización incipiente).

Desde otra perspectiva, el análisis de dos fuentes iconográficas antiguas (el combate victorioso de Eutimo de Lócris —o del joven Síbaris en la otra versión de Pausanias— con el demonio de Temesa y el rescate de la virgen expuesta; el manto de Alcístenes con representación de ciudades), le sirve a A. Rouveret para plantear el control político de Temesa por Lócris o por Síbaris, cuyo esplendor viene reflejado en el manto mencionado.

Otros estudios se centran en el análisis de una determinada pieza. Tal sucede con el de L. Cerchiai sobre un *aryballos* del s. vi de Sala Consilina, que exhibe un ritual heroico con ocasión de una ceremonia fúnebre que, procedente del mundo del *komos* corintio, penetra en el mundo indígena suritálico a través de la intermediación etrusca. O con el de C. Pouzadoux en torno a la magnífica cratera de Canosa que representa los funerales de Patroclo y el sacrificio de los prisioneros troyanos, cuya comparación con el texto literario permite apreciar la diferencia existente entre los dos modos de representación, el icónico y el literario (en lo que coincide con otro estudio, el de F. Martínez Quirce, sobre el vaso numantino que reúne la hipotética escena de doma de caballo con una representación sacrificial).

De interés evidente desde el punto de vista metodológico es la comunicación de Pontrandolfo, Mugione y Salomone, que se proponen dosificar el lenguaje figurativo de dos conjuntos distintos (el de las metopas arcaicas del templo de Hera en el río Sele y el de las interesantísimas estelas daunias) individualizando el valor de los signos y de su combinación en el interior de un sistema compositivo.

De las contribuciones dedicadas al mundo ibérico, que presenta un repertorio icónico aparentemente reducido pero cuya sintaxis y semántica esperan todavía un desentrañamiento suficiente (Olmos), Arturo Ruiz considera el programa iconográfico de las estelas del sureste peninsular como elemento que refleja una ideología claramente aristocrática centrada en la heroización del difunto, como en el caso de Pozomoro, cuyo programa iconográfico interpreta M. Blech como la expresión de la *praxis* heroizada del difunto o de algún antepasado. También aristocrático (pero de corte más «caballeresco», frente a la monarquía sacra anterior del período orientalizante, como indica Juan Blánquez) es el medio que se resume en el alto Guadalquivir desde fines del s. vi a comienzos del iv a través

de la monumentalización de las necrópolis «principescas». En la segunda mitad del s. v se va a enfatizar la presencia de la divinidad femenina (las «damas» en el alto Guadalquivir y el sureste peninsular), documentada —junto a esculturas de sirena y de toro— en el relieve de la *ptomia* con caballo y serpiente del nuevo conjunto de El Monastil (Elda) estudiado por A. Poveda.

La vinculación de la imagen con el territorio ha sido el objeto de la indagación de otras ponencias. Así, Teresa Chapa centra su atención sobre los leones funerarios como elemento que delimita un área fronteriza entre los territorios turdetano y bastetano-oretano y que identifica un estatus nobiliario, siguiendo un mismo modelo iconográfico y siendo el producto del mismo grupo de artesanos. Por su parte, Juan A. Santos Velasco valora determinados motivos (desde pebetes o damas nutricias a cerámicas pintadas con bustos femeninos en asociación con aves y elementos vegetales) para definir un área dependiente de *Ilici* entre los ss. III y I a.e. Y M.^a Paz García-Bellido lleva a cabo una aproximación estimulante sobre los motivos iconográficos que simbolizan el territorio hispánico en las monedas; el jinete lancero, expresión de la Citerior, y la diosa con casco, rodela y dos lanzas que representa a Hispania en época imperial, posible *evocatio* romana de una divinidad lusitana que cobijara la colonia de *Emerita*.

Las páteras constituyen un tópico privilegiado para investigar la incertidumbre del lenguaje icónico de los iberos, interpretadas por Olmos —frente a la consideración cultural que defiende Marín Ceballos— como textos de iniciación individual en la muerte. Iniciación planteada también por Martín Almagro para la *iuventus* guerrera (expresada a través de una serie de ritos en los que los lobos juegan un papel fundamental), y por Lourdes Prados para los exvotos ibéricos de bronce aparecidos en los santuarios oretanos de la provincia de Jaén. Otras veces el objeto de estudio no es el tipo de objeto, sino un determinado motivo, como los signos vegetales de la cerámica alicantina en los que centra su atención Trinidad Tortosa, tratando de aislar los signos y de definir los tipos existentes. Y otros análisis plantean nuevas propuestas en la interpretación de conjuntos, como el de Sant Miquel de Llíria (Valencia) por Aranegui *et alii*, mediante la aplicación del análisis factorial a formas y decoraciones y subrayando el helenismo de ambiente ibero-púnico que informa este tipo de producciones.

La producción de imágenes es una construcción, una obra de cultura (J.P. Vernant), y el *corpus* icónico elaborado por toda civilización es el resultado de una codificación de lo real que le es propia, que sigue unas leyes no coincidentes con las de las fuentes literarias grecolatinas o con nuestra propia visión. Por ello, entrar en el «laberinto» de las imágenes es, como indica por ejemplo Tagliente, una operación tan estimulante como preñada de riesgos: los planteamientos modernos pueden muchas veces conducirnos por senderos impracticables. Es cierto que el análisis de algunos elementos concretos considerados deja en el lector abierta la puerta del escepticismo. Pero no lo es menos que los estudiosos que han participado en el volumen que ahora se publica han sido conscientes de los peligros de un lenguaje que se caracteriza por su plurivocidad (una plurivocidad perceptible, por ejemplo, en los diversos niveles de lectura que la cerámica griega tuvo en el mundo indígena), que han llevado a cabo propuestas enormemente estimulantes desde el punto de vista científico y que, en consecuencia, nos han dejado un instrumento del mayor interés para acrecentar nuestro conocimiento de las sociedades mediterráneas productoras de las imágenes estudiadas. Y todo ello a través del análisis basado en una metodología cada vez más rigurosa y precisa, que esperamos lo sea todavía más en el futuro.

Francisco Marco Simón
Universidad de Zaragoza

F. Panvini Rosati (a cura di), *Ricerche sui materiali e studi tipologici*, Giorgio Bretschneider editore (Archaeologica - 119), Roma, 1996, 240 pp. y 39 láms. ISBN 88-7689-127-7.

En este volumen se recoge un total de 12 artículos que tienen un origen común: son fruto de la investigación de alumnos y licenciados de la Scuola di Specializzazione di Archeologia dell'Università di Roma «La Sapienza». Es de agradecer el interés demostrado por F. Panvini en dar a conocer esos primeros trabajos de investigación cuya publicación suele topar con numerosas dificultades, como él mismo señala en la introducción del libro.

Los temas tratados giran en torno a dos aspectos fundamentales: análisis de hallazgos y tipología monetaria. Aunque ambas parcelas numismáticas gozan actualmente del favor de los investigadores, aún quedan muchas cuestiones que plantear y conocer.

El primer artículo, de S. Piatelli, examina los hallazgos de moneda griega, gala y romana en la zona de la actual Marche italiana. Los hallazgos más tempranos corroboran la existencia de vínculos comerciales y culturales entre la región de Ancona y el mundo griego; sin embargo, el aumento más significativo se produce entre la segunda mitad del s. I a.C. y la primera mitad del s. I d.C. y nos ilustra un período de riqueza confirmado en otros campos. La autora relaciona estos datos, creo que acertadamente, con la elevada presencia de soldados picens en el ejército mariano y la participación de *gentes* picens en el senado romano.

F.M. Vanni Peccatori, tras estudiar los fondos del Museo Arqueológico de Florencia, da a conocer un importante lote de monedas púnicas, la mayoría de ellas sin procedencia conocida, pero algunas con interesantes variantes tipológicas. Más adelante examina el tesorillo de Poggio Gobbo (Grosseto), conjunto de 928 denarios y antoninianos hallado hace un siglo y depositado en parte en el Museo de Florencia. Las anotaciones del entonces director, L. Milani, le han permitido reconstruir el hallazgo, hoy en su mayoría perdido. La importancia de este lote estriba en el hecho de que se trata del único hallazgo de moneda romana imperial de plata en los alrededores de Vetulonia y de que su amplia cronología, desde Nerón hasta Alejandro Severo, ilustra muy bien la circulación de moneda residual.

G.F. La Torre ha elaborado un interesante y preciso cuadro de la historia de la amonedación de los *Vestini Transmontani*, a pesar de la escasez de material disponible y de la limitación cronológica. Opina que puede considerarse como una muestra más del intento de evitar el sometimiento a los romanos y de la conservación de su propia tradición y autonomía.

En el caso del artículo de M.A. Mastelloni el punto de partida ha sido una esmerada labor de restauración del tesorillo de Torroca (Campania), compuesto básicamente por bronce del s. III a.C. El conjunto ya había sido dado a conocer anteriormente, pero el trabajo de restauración y posterior identificación de las piezas proporciona un nuevo esquema compositivo y, basándose en éste, la autora se permite hacer algunas observaciones cronológicas: la mayor cantidad de ejemplares se fecha a fines del s. IV e inicios del s. III a.C. por lo que el tesorillo debió de formarse a mediados del s. III y su fecha de ocultamiento debe situarse *circa* 218 a.C. A continuación la misma autora lleva a cabo la revisión de siete tesorillos con monedas de los *Brettii*, a fin de reexaminar algunos puntos de la teoría formulada ya hace años por F. Scheu y H. Pfeiler acerca de estas series y de la convivencia del *standard* pesado y el ligero.

Entre los estudios tipológicos cabe destacar en primer lugar las aportaciones de L. Bianchi: una sobre las representaciones monetales de los puentes urbanos de Roma (*Pons Aemilius*, *Aelius* y *Sublicius*) y otra sobre la representación del

simulacro de Afrodita de Afrodiasias; este último trabajo le permite constatar que, a pesar de la amplitud cronológica de los testimonios numismáticos —desde el s. II a.C. hasta mediados del s. III—, las diferencias iconográficas son mínimas y que probablemente la mayoría se deban a la esquematicidad del diseño más que a cambios de tipo religioso.

En el caso de M.D. d'Alonzo se ha llevado a cabo un seguimiento del tipo de Ceres concluyendo que la continuada presencia de esta divinidad, desde el s. I a.C. y a lo largo de los siglos imperiales, implica una serie de connotaciones políticas, sociales y económicas.

M. Manes centra su contribución en la crisis del s. III, más concretamente en la cuestión de la incidencia del factor moneda en la crisis económica; creo acertadas sus conclusiones acerca del importante papel jugado por las manipulaciones monetales, es decir, la disminución del contenido de metales preciosos y el aumento de la velocidad de la circulación deben considerarse no sólo como un efecto, sino también como una causa de la inflación que caracteriza a esta etapa. También resulta de particular interés el análisis de C. Conidi sobre la iconografía de las monedas de Cumas ya que permite recuperar en gran medida el cuadro histórico religioso cumano, del que tenemos escasos conocimientos.

Finalmente, A. Gallottini ha llevado a cabo un recorrido a través de los grabados italianos del s. XVI, entre los que ha podido aislar veinte de monedas antiguas. El trabajo se centra especialmente en la figura de M. Raimondi, pero las conclusiones no resultan novedosas en absoluto.

En resumen, el libro presenta interesantes aportaciones y sugerencias acerca de los temas tratados; sin embargo, los trabajos no están sometidos, al menos aparentemente, a criterio de ordenación alguno. A pesar de tratarse de una cuestión puramente formal, creo que hubiera sido más coherente presentarlos agrupados en los dos grandes bloques, hallazgos y tipología, tal y como sugiere el mismo título del volumen.

Cruces Blázquez Cerrato
Universidad de Salamanca

R. Haensch, *Capita provinciarum. Statthaltersitze und Provinzialverwaltung in der römischen Kaiserzeit* (Kölner Forschungen des römisch-germanischen Museum), Mainz am Rhein, Verlag Philipp von Zabern, 1997, 863 pp., 2 mapas. ISBN 3-8053-1803-0.

En el marco de las investigaciones actuales sobre el alcance y funcionamiento del sistema administrativo romano imperial se integra esta contribución de R. Haensch, que tiene como objeto la definición y el estudio del desarrollo de las sedes administrativas que centralizaron, en algún momento de la historia del imperio, entre el 27 a.C. y el 284 d.C., la gestión de los diversos funcionarios provinciales. El principal resultado de la ingente labor del autor es la constatación, en línea con la investigación actual, de que el sistema administrativo del imperio romano, a pesar de la evidente tendencia a la burocratización del Estado, nunca dejó de ser esencialmente rudimentario, con unas funciones de carácter más político que administrativo y con una actuación escasamente creativa. Por ello no existía una auténtica necesidad de consolidar centros administrativos, es decir, de que algunas ciudades provinciales, sedes más o menos estables de los cuerpos de funcionarios provinciales, llegaran a alcanzar rasgos que las definieran esencialmente como capitales. De ahí la idea de que los gobernadores provinciales eran, en el fondo, «governors on the move», aunque existían tendencias hacia su sedentarización, como la formación de los archivos provinciales o la consolidación de

una plantilla de personal subalterno. Lógicamente, este carácter «inestable» de la administración provincial condiciona las relaciones entre el cuerpo administrativo y la comunidad ciudadana que lo alberga. El análisis de estas relaciones, o dicho de otro modo, de las repercusiones que tiene sobre la ciudad el hecho de funcionar como sede de la administración provincial, es el otro objetivo esencial del libro.

La principal aportación de este trabajo es, sin duda, la cuidada sistematización de la documentación. El resultado de ello es la elaboración, no sólo de las listas de las ciudades para las que puede probarse una vinculación directa con los cuerpos administrativos imperiales, sino también la definición de los sistemas administrativos de cada provincia, incluyendo un glosario con los diversos tipos de funcionarios subalternos y su papel en la administración de las diversas provincias. Así mismo, es de gran interés la compilación, para cada provincia, de las fuentes epigráficas y numismáticas relacionadas con los funcionarios imperiales, así como la localización arqueológica de los edificios relacionados con la administración provincial. Además de las síntesis realizadas para cada provincia estudiada, se incluyen apéndices dedicados a problemas específicos de algunas provincias.

El libro sorprende, sin duda, por la magnitud de sus objetivos y por la minuciosidad empleada en la sistematización de la documentación. La escala imperial a la que se concibe el trabajo supone, efectivamente, un punto de vista amplio, y por tanto, enriquecedor. Sin embargo, en la base de este planteamiento subyace una concepción del proceso de integración provincial en el mundo romano excesivamente simplista. Si bien el estudio macrorregional permite centrar el análisis en el indudable carácter homogenizador de la administración romana, al mismo tiempo obliga a perder de vista el hecho de que, pese a esa unificación política, el proceso de romanización no fue de ninguna manera unidireccional ni homogéneo a esa misma escala. Esto no se ha tenido en cuenta a la hora de plantear un estudio voluntariamente polarizado en centros urbanos, analizados exclusivamente como puntos de incardinamiento espacial del sistema imperial, descontextualizados entre sí y en su relación con el territorio. Este planteamiento es ajeno al consabido pragmatismo de la administración romana, cuyo fundamento último es, precisamente, la pluralidad y diversidad que pueden constatar, tanto en el carácter de las formaciones sociales provinciales, como en los sistemas de control aplicados por el Estado para posibilitar su explotación.

Inés Sastre Prats
CEH, CSIC

M. Coltelloni-Trannoy, *Le royaume de Maurétanie sous Juba II et Ptolémée (25 av. J.-C. - 40 ap. J.-C.)*. Études d'Antiquités Africaines. CNRS Editions, Paris, 1997, 270 págs., 24 figs. ISBN 2-271-05239-4.

El reinado de Juba II y de su hijo Ptolomeo fue el tema escogido por Michèle Coltelloni-Trannoy para desarrollar su tesis doctoral, que ahora vemos publicada tras un amplio lapso de tiempo. La demora, si bien es un serio problema en obras metodológicamente más novedosas o que tratan campos donde los avances se suceden rápidamente, no lo es en el caso que nos ocupa, los descubrimientos en el Norte de África se producen con una lenta cadencia y los métodos de análisis empleados por la autora han sido ampliamente ensayados. Las contrapartidas en cambio son destacables, estos años se han dedicado a madurar una obra sobre un tema de difícil abor-

daje y con no pocas trampas, de las cuales la autora ha salido airosa.

El trabajo de investigación ha consistido en desmenuzar un experimento histórico de corta duración, apenas 66 años de monarquía tutelada por Roma del reino de Mauritania (parte de Argelia y Marruecos en la actualidad). Se pasa revista a intervenciones similares de Roma en el Mediterráneo Oriental, las cuales sirven de marco de referencia para explicar el giro que le imprimió Octavio a un territorio que parecía destinado a ser administrado directamente desde la metrópoli, a juzgar por la implantación de varias colonias de veteranos repartidas por todo el territorio. El estudio se hace especialmente minucioso en el análisis de la política del momento así como de los personajes importantes en este «drama», como si de un estudio de análisis político se tratase, proponiendo incluso conjeturas e hipótesis de trabajo acerca de las razones que movieron a unos y a otros a tomar determinadas decisiones. En este sentido la autora se aparta de la opinión de Suetonio que atribuyó al incidente del manto de púrpura exhibido por Ptolomeo en público ante Calígula, la causa de su asesinato, para proponer que su apoyo a la conspiración de Lépido y Gaetúlico fue lo que le llevó al cadalso.

La organización del reino constituye la segunda parte de la obra y se centra en dos aspectos muy debatidos por los historiadores, el primero y más controvertido, el de la posible existencia de varias ciudades con el cometido de residencias reales (*regiae*) y el segundo, la condición de las ciudades que de alguna manera seguían vinculadas a Roma, ya fueran éstas colonias o ciudades indígenas de jurisdicción romana. Sobre estas cuestiones se arroja no poca luz, pero quedan sin embargo en penumbra las demás cuestiones y son algo parcas las páginas dedicadas a los aspectos económicos y sociales (9). Se aprecia una mayor liviandad al tratar estos temas, así por ejemplo en la concepción que tiene la autora del «circuit du détroit» que, por otro lado, es una traducción incorrecta del «Círculo del Estrecho» definido por M. Tarradell, que se limita aquí a un simple trasiego de salazones de pescado. También es algo ligera la deducción de que en la región de Lixus las poblaciones sedentarias han sido suplantadas por nómadas a partir del texto de Plinio donde se señala que del bosque de manzanas de oro del Jardín de las Hespérides no quedan más que acebuches (olivos salvajes), cuando en realidad es un argumento del autor acerca de la reserva con la que hay que tomar la localización del fabuloso bosque sagrado en la desembocadura del Lukkos, propuesta por algunos autores anteriores a él.

La última parte, «Les modèles de Caesarea», gira en torno a las figuras reales. Bajo el epígrafe «Des princes mécènes» se refiere en primer lugar a los fuertes rasgos helénicos y orientales de la formación de Juba II y de Ptolomeo. Por otro lado, al tratar de la fundación y planificación de la capital, *Caesarea*, sobre la vetusta *Iol* (Cherchel), por parte de Juba, se analizan de forma precisa las influencias romana e itálica en la política directa emprendida por el soberano. La arquitectura de prestigio a él atribuida, como el teatro y el anfiteatro y la propia ordenación urbana remiten a modelos itálicos y, como dice la autora, *Caesarea* es ante todo una ciudad romana. Las amonedaciones permiten completar la visión que nos ofrece sobre la monarquía mauritana, su concepción del poder y sobre qué bases se establece su legitimidad dinástica.

En fin, no podemos más que suscribir la opinión que Jehan Desanges vierte en el prefacio de la obra de su discípula, al afirmar que se trata de un vigoroso estudio que no dejará de suscitar fecundas discusiones.

Fernando López Pardo
Universidad Complutense de Madrid

E. Calandra, *Oltre la Grecia. Alle origini del filellenismo di Adriano* (Aucnus. Collana di Studi di Anti-

chità dell'Istituto di Studi Comparati sulle Società Antiche, vol. IV. Pubblicazioni dell'Università di Perugia), Nápoles, 1996, XXXII + 384 págs. ISBN 88-8114-424-7.

La fascinación que, desde hace tiempo, ejerce la figura del emperador Adriano está justificada por varios conceptos. Seguramente no es el menos importante el que se relaciona con su especial personalidad, como individualidad espiritualmente atormentada, que se mueve entre la racionalidad intelectual y los impulsos pasionales, tanto en el plano de los afectos como en el de sus relaciones con la religiosidad y las tradiciones ancestrales. Más de una vez se ha considerado verosímil la comparación de sus rasgos individuales con los de determinadas figuras del mundo actual e incluso con algunos modelos de comportamiento que no se hallarían extraños en nuestros días.

Ahora bien, más allá de los aspectos individualistas que tanto marcan de nuevo en tiempos recientes algunos de los estudios sobre el pasado, también se revela como tema de estudio históricamente interesante la revisión de lo que se llamó la Edad de Oro de los Antoninos. La visión inmediata de las grandes obras edilicias, así como la literatura laudatoria, de Dion de Prusa, Elio Aristides o Plinio el Joven, provoca una visión que el análisis crítico puede al menos modificar.

En el campo literario, son varios los estudios que ya han permitido llevar a cabo una revisión ponderada. No se trata, en efecto, de afirmar ahora lo contrario de lo que tradicionalmente ha venido admitiendo la bibliografía. No es preciso considerar que el siglo II es el siglo de la crisis como tampoco es necesario, para ofrecer novedades interpretativas, afirmar que no existió crisis en el siglo III. La renovación, al tratar cualquier período, viene simplemente cuando se intenta evitar la simplificación sin sustituirla por otra, la crisis por el apogeo o el apogeo por la crisis; más bien hay que sustituirla por una visión compleja de la realidad.

Da la impresión de que así se hace más comprensible el rico mundo social, intelectual y artístico del siglo II y, concretamente, de la época de Adriano. También es así como, al situar la figura del emperador en el eje de las contradicciones del momento histórico en que vivió, puede llegar a ser él individualmente más comprensible e, incluso, más digno de admiración y de atracción personal, como objeto de la atención de los historiadores. No es bueno caer en la visión individualista de la historia, pero sí es preciso reconocer que, en determinados momentos, las mismas condiciones generales del desarrollo histórico imponen el protagonismo de personalidades sobre las que dicho desarrollo hacía caer el peso de decisiones de amplio alcance y sobre las que los ojos del mundo fijaban su atención hasta obligarlas a adoptar actitudes verdaderamente originales.

Con un punto de vista eminentemente arqueológico, la obra de Elena Calandra representa un intento de comprensión totalizadora del sentido de la obra de Adriano. Según lo que puede conocerse de su pensamiento, el emperador se sitúa en el eje de las tensiones entre las fuerzas centrífugas nacientes y la necesidad de configurar un pensamiento representativo de las tendencias a la unidad. No sólo busca la unidad, sino que en él mismo la ideología unitaria cobra una vida específica porque también en él pesa la tendencia disgregadora. Ésta no es sólo la enemiga que hay que combatir, sino que se incorpora como parte integrante de la ideología. Eso es justamente lo que contribuye más a hacer atractiva la figura de este emperador, en quien el carácter negativo de la imagen de emperadores como Diocleciano o Nerón queda matizado por la aceptación de ciertos aspectos de su concepción del mundo, espiritual y político, mientras que el carácter positivo de la imagen de Trajano queda igualmente matizado por la nueva reacción ante el expansionismo que había caracterizado su época.

E. C. penetra sin temor en este atractivo mundo, ante el que cualquier linealidad revelaría más que nunca su esterilidad. Ahora lo nuevo se potencia con lo viejo, la tradición romana primitiva, recogida a través de la interpretación augústea, se potencia con el clasicismo helenizante. Ahora bien, si el período adrianeo puede considerarse de admiración por la Atenas del clasicismo, no puede dejar de considerarse la potencia con que se presenta el helenismo, incluso en sus aspectos más orientalizantes, como el que vincula a los monarcas lágidas con los faraones. Por eso, la obra constructora llevada a cabo en Atenas, donde el emperador compite con Teseo y marca en el relieve de la coraza de sus estatuas cómo Atenea está sostenida gracias a la loba capitolina, se complementa con los edificios de Pérgamo. En la propia Atenas, la tradición seguida se asemeja a la de las actuaciones de los reyes helenísticos, en cierta competencia con los ricos evérgetas nacidos en la propia ciudad, destinados, como Herodes Atico, a ejercer un poder capaz de competir con los emperadores, sin dejar de colaborar con ellos. Adriano tiende a convertirse así en una figura paradigmática del mundo helenísticorromano, a través del que se consolidan sincretismos como el de Deméter e Isis.

El emperador intelectual es, desde luego, poco guerrero, pero no puede abandonar la imagen militar que carga desde el principio sobre la figura del príncipe. Su modelo militar está formado, sin embargo, por Alcibíades y los héroes de Troya, mientras que de Alejandro asimila la afición a la caza, la que hace que se represente en imágenes cinegéticas y que sea en este aspecto en el que destaque su relación con Arriano, que asimilaba a la imagen guerrera de Alejandro más bien a su padre adoptivo Trajano.

En el libro todo está muy bien documentado y la bibliografía es objeto de discusión hasta en aspectos muy minuciosos. Sin embargo, el tema estrella, como no podía ser menos, lo constituye Tívoli. No en vano allí se materializa el verdadero papel del helenismo de Adriano, que sirve para mostrar la superioridad de Roma y para demostrar a los romanos que se han convertido indudablemente en el centro de la ecúmene. Tívoli aparece así como un microcosmo, centro del clasicismo y del helenismo. En cierto modo, reproduce la villa heredera de las tradiciones republicanas, donde se asentaba la aristocracia ancestral, pero también se configura como escenario de la *pompé* dionisiaca, transformada en ceremonial astral, a través del dionisismo de Antonio y de Nerón, haz de todo el contradictorio pensamiento de Adriano.

La autora destaca cómo allí se traduce la costumbre de reproducir en edificios romanos los ambientes simbólicos correspondientes a lugares griegos y orientales, los sitios visitados por el emperador, aunando las diferentes épocas en una nueva unidad, simbólica del nuevo momento histórico. Allí se produce una nueva recuperación del arte, como la que hubo en Pérgamo gracias al evergetismo de los Atálidas, pero también se incluye la tradición de las imágenes de los antepasados, a través de la política augústea de recuperación republicana. De este modo, la arqueología aparece como parte integrante de los estudios históricos, ajena a cualquier concepción instrumental de la misma, pues es ella misma historia. La obra monumental de Adriano es coherente con todo el conjunto del sistema, sólo comprensible con la presencia de la aproximación arqueológica a la misma. Si el clasicismo forma parte de los gustos personales del emperador, su sentido se potencia cuando se inserta en el conjunto de los instrumentos a través de los que se configura el ordenamiento ideológico del Imperio en el período transicional.

Todo ello aparece en el presente libro presentado a través de un riguroso análisis de las fuentes, con la reproducción de los textos originales y las referencias gráficas que sirven para dar solidez al esfuerzo interpretativo, todo lo que hace del estudio una auténtica tesis de interpretación histórica totalizadora.

Domingo Plácido
Universidad Complutense

M. Maischberger, *Marmor in Rom. Anlieferung, Lager- und Werkplätze in der Kaiserzeit*. Wiesbaden Reichert Verlag (Palilia, 1) 1997, 190 págs., 68 figs. ISBN 3-89500-014-0.

Con este trabajo se inaugura la serie *Palilia* que, publicada por el Instituto Arqueológico Alemán de Roma, pretende ofrecer variados temas relacionados con la arqueología clásica. El primer número de esta serie corresponde a la publicación de la tesis doctoral de M. Maischberger y que tiene como protagonista indudable al mármol en la ciudad de Roma durante el período imperial. Alejándose de los argumentos tradicionalmente establecidos por análisis previos, el trabajo que aquí se reseña destaca por centrarse en un punto apenas tratado en estudios anteriores, es decir, en los contextos topográficos y circunstancias de hallazgo de dicho material siempre dentro de la Urbs y de sus alrededores, de lo que se deduce una serie de conclusiones que se irán abordando posteriormente.

Para ello el autor se centra en las tres zonas donde ha aparecido más material lapídeo caracterizado por grandes bloques de mármol semielaborado: Portus, junto a Ostia; la zona del puerto fluvial del Emporio a los pies del Aventino y la zona noroccidental del Campo de Marte. La primera de estas zonas se analiza en el capítulo II y es en una zona periférica del puerto (elegida por razones de espacio) donde se almacenaban los grandes bloques de mármol y donde al mismo tiempo se evidencia una primera labra de estos bloques que dejaron en la zona una gran cantidad de restos de talla en forma de pequeños fragmentos de mármol. La mayor parte de los bloques aquí aparecidos lo son de mármol de color si bien habría gran cantidad de mármol blanco atestiguado por los fragmentos desechados. Los primeros bloques se fechan en el último cuarto del siglo I d.C.

El transporte entre Portus y Roma, así como los principales hallazgos entre ambos puntos, es el centro de atención del capítulo III que, por su brevedad, no es más que una introducción del IV donde se analiza el Emporio, lugar de depósito de mármoles en época clásica, cuyo nombre cambió en época medieval por el de *Marmorata* y de donde se ha extraído tradicionalmente gran cantidad de mármol para diversos usos. Es el punto donde mayor número de piezas se han encontrado, siendo las más antiguas las fechadas en las postrimerías del principado de Nerón. El profundo análisis archivístico que realiza el autor demuestra que el Emporio es el punto de desembarco, depósito y elaboración más antiguo de toda Roma (ya desde el siglo II a. de C. hasta el siglo IV de la Era). También aquí la aparición de toneladas de esquirlas y restos de talla en mármol demuestra de qué modo se procedía a una primera elaboración sobre el material lapídeo, que tendría en los mármoles blancos una importante cantera y que paradójicamente son los que menos bloques semielaborados han dejado, tal vez por un uso mucho más frecuente.

El capítulo V aborda el análisis de la zona norte y occidental del Campo de Marte en Roma, lugar donde tradicionalmente se establecía la ubicación de la *statio marmorum* y de talleres escultóricos; el análisis del material hace al autor poner en duda la presencia de la primera en esta zona para trasladarla, con más argumentos, a la zona del Emporio; en segundo lugar, la criba que se hace a las piezas semielaboradas confirma la existencia de talleres, tanto de material escultórico como arquitectónico en puntos cercanos a las orillas del río, que actuarían a modo de puerto casi continuo en toda su travesía romana. Es así como puede afirmarse que las *officinae* encargadas de tallar esculturas y elementos arquitectónicos para los nuevos proyectos urbanos se localizaban en lugares cercanos a dichos complejos y cercanos también al río Tíber: ejemplo paradigmático lo representa el taller reconocido en la plaza del Mausoleo de Augusto (que trabajaba para la construcción del Pantheon situado a 800 metros de distancia) que dejó su impronta en las losas de la misma.

El trabajo se completa con una exhaustiva relación de piezas aparecidas en los lugares estudiados y con un resumen en italiano de las conclusiones principales del mismo. Este resumen, sin embargo, no da una idea de la cantidad de información que del libro se puede extraer; amén de los capítulos y temas ya comentados, encontramos una información muy valiosa acerca de la introducción del mármol en Roma, del transporte de material y del uso de las naves *lapidariae*; de las rutas seguidas de su duración y de los principales naufragios, etc. Así pues, el trabajo que ahora reseñamos es de un gran interés no sólo para quienes trabajan en el mundo de la arquitectura y técnica romanas sino también para quienes se interesen por el comercio antiguo. Las brillantes conclusiones del trabajo avalan sin lugar a dudas el método empleado por el autor quien demuestra un conocimiento de archivo que ha sido muy útil en la realización de su trabajo, sin lugar a dudas, excelente.

Carlos Márquez
Universidad de Córdoba

J. Lancha, *Mosaïque et culture dans l'Occident romain (1er-IVe s.)*. «L'Erma» di Bretschneider (*Bibliotheca archaeologica* 20), Roma, 1997, 439 págs. + 13 láms. y un desplegable en color + 126 láms. b/n. ISBN 88-7062-952-X.

Janine Lancha se ha convertido con el paso de los años no sólo en una de las mejores especialistas internacionales en la musivaria romana sino también en una experta conocedora de los pavimentos hispanos, desde que llegara —pronto hará dos décadas— a pasar tres años de investigación en la «Casa de Velázquez» de Madrid. Desde entonces no han menguado sus visitas, sus publicaciones sobre nuestros materiales, sus campañas en *Baelo Claudia* y su presencia como conferenciante o congresista entre nosotros, al tiempo que se ha ido especializando también como hispanista *lato sensu*.

En esta espléndidamente presentada monografía se supera el tipo más habitual del trabajo científico en musivaria —la exposición, catalogación y/o mera búsqueda de paralelos formales y cronológicos— para tratar de penetrar en los gustos literarios y mitológicos de las élites más romanizadas del Occidente del Imperio romano. La autora se ha beneficiado para ello de su también larga experiencia docente en filología y literatura latinas en la Universidad de Lyon.

En su planteamiento sigue la huella, como ella misma afirma en su capítulo introductorio (p. 9), de los estudios de P. Boyancé (1937) y de H.-I. Marrou (1938), que trataban «*d'attirer l'attention sur un domaine jusqu'alors négligé de l'histoire ancienne, à savoir l'histoire culturelle, l'histoire des représentations de l'imaginaire collectif d'une société*». Y aquí debe apuntarse una primera reflexión, puesto que siempre fueron las élites económicas, romanas o más romanizadas, las que, de entre el mucho más vasto, heterogéneo y humilde colectivo social conquistado, tuvieron la riqueza, en ocasiones la cultura, y —siempre— los espacios domésticos sobrados como para encargar tan soberbios y costosos suelos figurativos. De forma que, al igual que ocurre en nuestros días, puede resultar difícil —o incluso ilícito— inferir, de la formación cultural o de los gustos literarios o iconográficos de tales élites selectas, los del total de la sociedad.

Entre las obras citadas es la de H.-I. Marrou (1938), consagrada a las escenas intelectuales en los sarcófagos y otros tipos de monumentos funerarios, la que más parece haber inspirado las reflexiones de la autora. Sesenta años después —la mención de la cifra «cincuenta», hecha dos veces en la introducción, nos aporta una pista involuntaria sobre los años que la autora ha debido de sacrificar a este estudio—. J. Lancha

ha querido trasponer el método de análisis cultural de Marrou a un tipo diferente de objeto arqueológico, y ver si son válidas las mismas reflexiones, planteando y contestando a preguntas como qué tipo de cultura reflejan los mosaicos o cuál es el peso de la importación de modas, ideas o tipos de valores, frente a lo que ella llama «*la culture locale*» (p. 9). Las Musas, «*déeses de la culture*», forman por ello un capítulo relevante en la necesaria selección de los ciento veinticuatro pavimentos a estudio.

El libro está compuesto de tres áreas esenciales: la catalogación (pp. 35-292), una detallada síntesis con una sucinta conclusión a partir de la misma (pp. 295-390 y 393-402) y las ilustraciones (A-M en color y I-CXXXVI en blanco y negro). En la primera de ellas, y según sus procedencias, el número de mosaicos se reparte así: Provincias norteafricanas 46, galas 26, hispanas 38 y germanas 2; Sicilia 3, Dalmacia 1 y Britania 8. Comenta fuera de catálogo cuatro mosaicos publicados a última hora: uno belga, dos hispanos y uno griego. En el espacio aquí posible no sería de recibo intentar comentar con algún detalle cualquiera de los mosaicos. En general, cabe decir que la presentación de cada uno es la más correcta en cuanto a documentación, hallazgo, ubicación, conservación, medidas y paralelos; las descripciones, más en la línea tradicional, resultan a veces un poco prolijas.

Los temas iconográficos seleccionados por la autora, porque a su juicio tienen «*pour origine ou pour sujet la naissance ou l'exaltation de la culture en tant que telle*» (p. 303), y sobre cada uno de los cuales realiza a continuación (pp. 315-373) un capítulo reasuntivo, son: Musas (35 ejemplos), escenas épicas (32), escenas teatrales (22); representación de poetas, autores literarios y filósofos (10); escenas idílicas (9), escenas de inspiración filosófica y/o políticas (9); ciclos de Pegaso solo o combinado con otros temas (9) y de Apolo-Marsias (6). En varios de los grupos temáticos se hacen detalladas subdivisiones internas citando y comentando, como es natural, las fuentes y los repertorios literarios y mitológicos pertinentes. Las Musas, como advierte la autora (p. 317), ocupan una cuarta parte del total estudiado.

Entre las conclusiones, algunas tienen interés estadístico pero no puede decirse que sorprendan, como la superioridad de los mosaicos en las *domus* urbanas (80) sobre las grandes *villae* rústicas (38) y sobre los sólo 6 procedentes de edificios públicos urbanos (p. 370). La constatación se vincula, como era esperable, a las capitales provinciales y a la presencia de teatros locales. Algo más sorprendente parece la conclusión cronológica (p. 371): de 78 mosaicos datados en contexto urbano, 2 son del siglo I d.C., 20 del II, 43 del III y 17 del IV d.C. De los 37 de ámbito rural está ausente el siglo II; entre 2 y 6 son para el I, entre 3 y 7 para el III, y 31 se construyeron en el siglo IV. Los pocos de edificios públicos son de los dos siglos finales. Destaca la autora cómo los mosaicos hispanos de villas rurales descuellan entre todas las provincias cuando atendemos al siglo IV. En 71 casos se ha podido determinar la/s habitación/es donde se hacía el esfuerzo decorativo: naturalmente, la mayor frecuencia es en los *triclinia*, con 18 casos (¿dónde, si no, podía un rico *dominus* hacer gala de su cultura, incluida la musivaria, sino con sus iguales?), pero el resto de posibilidades es bastante variado. Las Musas van bien casi en cualquiera de los ambientes. Es muy interesante la observación que cierra este capítulo conclusivo (p. 373): no puede desligarse la selección de estos temas de los *munera* que obligaban a las élites a ofrecer públicamente, junto a los deportivos, los *ludi scaenici*, y a los que tantas veces asistirían también como espectadores.

El capítulo 4 se dedica a los particularismos provinciales y el 5 a la epigrafía (pp. 387-390): sólo 21 mosaicos ofrecen inscripciones, de ellas 13 en latín, 7 en griego y 1 bilingüe, todos bastante repartidos. Aún menos, en cinco casos, se citan obras concretas, tres veces de Virgilio, en contextos tardíos. Y todavía más escasas son las firmas en mosaicos tan complejos de diseño y ejecución: dos *officinae* distintas y un

pictor imaginarius, todos en la misma lujosa *villa* de Carranque (Toledo), cuyo propietario, según J. Lancha apunta, no pudo ser el propuesto por D. Fernández Galiano —Materno Cynegio, prefecto de Teodosio I y cristiano radical— precisamente debido a la improbable elección, para su propia casa, de unos temas iconográficos tan paganos.

Ya en la conclusión del estudio (pp. 393-402), la autora supone que «*la conquête des intelligences*» (como ella, en mi opinión algo optimistamente, la llama), es decir, la penetración cultural, coincide con las principales vías de comunicación y con los puertos marítimos o fluviales (cf. mapa en la pág. 29), excepto en Hispania, donde predomina la ubicación interior (entre las que a mi juicio se debe incluir Mérida). Concluye J. Lancha que, efectivamente, el que Marrou llamó «el ideal del *mousikós aner*» fue también «un elemento importante de la romanización de las provincias occidentales», reflejando «los tiempos fuertes» de tal proceso cultural. Cree advertir además (p. 394), ya en el siglo IV, la existencia «*d'un militantisme culturel païen devant la montée du christianisme*».

J. Lancha plantea puntos de enfoque y coordenadas novedosas desde donde analizar el fenómeno musivario: así, el marco cronológico, el entorno arquitectónico concreto (urbano, rural, público), la asociación de temas en un mismo pavimento o dentro de la misma casa, o la de un tema a un tipo de ambiente doméstico. También le ha interesado mucho el problema de los modos de transmisión del repertorio, sobre todo manuscritos ilustrados y cuadros de pintores célebres, según los temas. Ha podido definir así el papel relevante de los talleres itinerantes. La variedad temática, curiosamente, es mayor en las provincias occidentales que en la propia Italia. Y el fenómeno es inverso cuando se atiende a los temas de representaciones teatrales. En algo están de acuerdo Italia y las provincias: en el desinterés por los temas propiamente científicos, como la filosofía (p. 399). El peso de los modelos italianos choca precisamente en temas como en el de las Musas, allí muy escasamente representado (3 casos), y ocurre lo mismo con la zona oriental del Imperio, de forma que las Musas aparecen como el tema más netamente «occidental» (34 frente a 10). Según la autora, para el mundo helenizado el valor simbólico de las hijas de Apolo era sólo un aspecto del conservadurismo cultural más familiar.

El siglo II (p. 395) en la musivaria culta no hace honor a ser «el mejor siglo de Roma» en todos los órdenes, tal como dijo en 1776 E. Gibbon: es más bien el siglo III, o al menos su primera mitad, sorprendentemente, el que lo supera, y destaca en este repertorio con fuerza, quizá incluso con una impropia de un siglo histórica, política y económicamente tan confuso. Resulta al menos curioso que sea entonces cuando se afianzan mejor las ideas culturales, y cuando penetran temas nuevos, de procedencia teatral. La cultura clásica goza en el siglo IV «*d'un succès incontestable*» (p. 396) aunque, aquí sí, la autora restringe: «*auprès d'un certain public*»: serían «los aristócratas marginados del poder político y social por los emperadores cristianos», los protagonistas «*du dossier de la réaction païenne*». La correspondencia de Símaco es valiosa para el mejor análisis de esta mentalidad.

Ante esta valiosa obra surgen, naturalmente, algunas preguntas: por qué se ha desestimado la inclusión de asuntos tan relacionados con la cultura, incluso literariamente, como los de Orfeo o Venus, cuando su vinculación con temas aquí estudiados, incluso en las mismas casas, es tan frecuente. La ausencia de Orfeo, argonauta de pro y con ciclo temático propio, es más llamativa por cuanto que desde Hesíodo se le tenía por el más antiguo cantor y poeta, hijo de Apolo y la musa Calíope. O por qué no se explican asociaciones sumamente curiosas, como la del espectacular «mosaico de los Siete Sabios» emeritense, que el *dominus* no tuvo problema en combinar con temas bastante menos «culturales», como el del cazador *Marianus*, o la cuadriga victoriosa (p. 218). Pasando a otra provincia, lamento no haber convencido a la autora

en cuanto a la causa de la asociación de las Musas al tema del circo en el célebre mosaico italicense (p. 192); aquí se muestra en exceso escéptica, porque al simbolismo del circo como representación del Universo —y en éste la armonía pitagórica de las esferas celestes la producen las Musas— dedicaron bellas páginas en la Antigüedad (seguramente a partir de Suetonio) Tertuliano, Casiodoro e Isidoro de Sevilla. Menos me extraña, por otra parte, que la autora continúe negándose a admitir que el también emeritense y famoso «mosaico cosmológico» (n.º 107) pueda ser una representación de inspiración mitraica, como vengo sosteniendo desde 1976. Omitiré las siempre inevitables *minutiae* —de las que nadie nos libramos—, como el uso indebido de corchetes en la resolución (unánime pero, dicho sea de paso, extraña) de la inscripción del n.º 105 (p. 215) y del anexo del 110 (p. 255), o la disparidad de criterios en la denominación de las provincias («Germanies», frente a «Hispanie» y «Gaude»; el mismo derecho tendría la *Mauretania Caesariensis*, incluida en la rúbrica «Afrique» a secas).

El comentario de una obra de esta envergadura debe terminar con otro amplio elogio, y no sólo para los completos índices y bibliografía: el aparato gráfico del catálogo, en el que se han esmerado tanto la autora como la editorial, es de una notable calidad, lo mismo en las láminas de color como de las de blanco y negro. Puede uno imaginar los meses o años de trabajo que habrá llevado a conseguir una perfecta armonía cromática. Hay que destacar, naturalmente, como «la joya de la corona» (entre las láminas CVI y CVII) el suntuoso desplegable en color del *cosmos* emeritense, luciendo una inverosímil verticalidad, obtenida mediante tratamiento informático y un fotomontaje realmente imperceptible.

Sólo queda felicitarnos todos, y agradecer a la autora, por dejarnos disponer de este espléndido material, que facilitará tanto nuestras futuras reflexiones sobre ese evanescente concepto de «cultura provincial». Al terminar la lectura, y como muestra de cierta sana incredulidad, se me queda en la retina el majestuosamente «culto» mosaico del *tablinum* —o *triclínium*— de la *villa* de Torre de Palma, cerca de Monforte (Portugal, n.º 109). Véanse si no algunos de sus graves y elevados temas: Teseo y el Minotauro, Apolo y Daphne, la trágica Medea o el triunfo indio de Baco. Pues bien, no sólo un sello (p. 225) hallado durante la excavación, con la caricatura del posible dueño de la casa, un *Basilius*, quizá *Eme(ritensis?)* le deseaba felicidad en su *contubernium*; no sólo se compaginan sin problemas con el clásico tema de Ulises y las Sirenas dos escenas grotescas (¡con letreros!) en el *frigidarium* de sus termas (n.º 110), sino que, en el umbral del fastuoso pavimento citado, debajo de las solemnes nueve Musas en pie, campa este más que pedestre rótulo: *Scolpa a Ispra tessellam l<a>edere noli. Utere f<el>elix!* («¡No estropeeís el mosaico con una escoba demasiado áspera, y disfrútadlo a gusto!...»). Claro que el deseo de la conservación de la cultura es también otra forma de cultura.

Alicia M.ª Canto

Universidad Autónoma de Madrid

J. Gómez Pallarès, *Edición y comentario de las inscripciones sobre mosaico de Hispania. Inscripciones no cristianas*, Roma, L'Erma di Bretschneider (Studia archaeologica, 87), 1997, 292 págs. ISBN 88-7062-977-5.

La edición de repertorios epigráficos, que constituye una necesidad permanente debido al espectacular incremento de los hallazgos, se convierte ahora en feliz circunstancia por tratarse de un conjunto de textos que nunca antes habían sido tratados de forma unificada. El trabajo final, anunciado en los

«mentideros» epigráficos desde hace algún tiempo, no ha defraudado las expectativas creadas, pues constituye un ejemplo de rigor y de plena actualización; prueba de ello es que en su *Introducción* figuran las novedades de que el autor tuvo conocimiento hasta el mismo momento de la edición final.

Acostumbrados a la contemplación de textos musivos asociados a escenas, el libro de Gómez Pallarès tiene la virtud de mostrarnos en su conjunto un importante número de textos que tienen entidad *per se*, no sólo con las habituales alusiones a los maestros que los construyeron, sino con referencias edilicias o votivas del máximo interés desde el punto de vista epigráfico.

En la presente edición pueden encontrarse mosaicos que el lector conocerá sólo por referencias y que aparecen ahora editados en su integridad, como el magnífico pavimento de la casa de Hipólito (Alcalá de Henares, Madrid) con la inscripción *Anniorum Hippolytus tessellau[it]* (M 1) o el fragmento del palacio de Benicarló de Valencia (V 1). Por las dificultades que plantea su comprensión, resultan así mismo de sumo interés los comentarios del autor sobre las inscripciones de Caminreal (TE 1) y Andelos (NA 1), relacionadas con el texto de *Ilici* que contiene nombres ibéricos en alfabeto latino (A 1).

Algunos textos incluidos en el catálogo siguen siendo fuente de conflictos. Es el caso del perdido pavimento hallado en las termas contiguas al teatro de *Segobriga* (CU 1, p. 88); es difícil aceptar para él una datación en la primera mitad del siglo I a.C., pues el edificio en que se encuentra el mosaico no debe ser anterior a época julio-claudia, salvo que se suponga que el pavimento perteneció a otro edificio anterior. En cualquier caso, no existen evidencias edilicias en *Segobriga* que se remonten a fechas tan tempranas.

Entre los muchos aciertos del libro podríamos destacar que el autor haya descartado la lectura *DE SVA R QVR* que parece verse en las primeras fotografías de un pavimento de *Carthago Noua* (MU 1, pp. 110-112), y que corresponde a una manipulación de teselas, para ofrecer la correcta lectura *DE SVA P QVR*. A la relación de epígrafes murcianos cabría añadir un pequeño fragmento conocido ahora por antiguas y deficientes fotografías en el que sólo se ven las letras *---JCRO · +*.

El catálogo, exhaustivo en todos sus extremos, constituye una herramienta de primer orden para los epigrafistas; su contenido y la extraordinaria calidad de las reproducciones fotográficas justifican los retrasos editoriales de esta obra, en la que se ven cumplidas las expectativas que había creado.

Juan Manuel Abascal
Universidad de Alicante

A. Rodríguez Colmenero (coord.), *Lucus Augusti. I, El amanecer de una ciudad*, Fundación Pedro Barrié de la Maza, A Coruña, 1996, 478 págs., numerosos gráficos, figuras, cartografía y fotografías en color y blanco y negro. ISBN 84-89748-05-5.

La obra está espléndidamente editada, tanto en la impresión del texto como en la de las ilustraciones —muchas de ellas a todo color— insertas en los dieciséis capítulos que la conforman. Es éste el primer volumen de la serie que dirigirá A. Rodríguez Colmenero sobre *Lucus Augusti*, dentro a su vez del gran compendio que patrocina la Fundación para la *Catálogo Arqueológica y Artística de Galicia*. La mayoría de los catorce autores de este volumen pertenecen a las universidades de Santiago y La Coruña y se reparten el trabajo geológico, biológico, geográfico, prehistórico, etc. que ambienta lo que forma el contenido mayor de la obra, la Historia Antigua de Galicia, tomando como centro nuclear la ciudad de *Lucus Augusti*, muy posiblemente, según se defiende en el trabajo,

una fundación campamental de época augústea. Los hallazgos monetarios de la ciudad han sido trascendentes para esta cronología y esa suposición.

El trabajo se ha repartido en cuatro secciones: I.- Ambientación geográfica y escenario; II.-El complejo étnico del convento jurídico lucense; III.-En los inicios de una andadura histórica; IV.-Ventajas y desventajas de un emplazamiento urbano.

I.—F. Díaz-Fierros (pp. 9-24) trata sobre clima y suelos de Galicia en época romana, integrándola en lo que se sabe sobre Europa y la cuenca mediterránea, y constatando el impacto que la introducción del arado supuso en una agricultura tradicionalmente de roza y barbecho. M.J. Aira (pp. 25-46) presenta un panorama sobre la vegetación subatlántica, cartografiando, gracias a estudios de polen, las regiones gallegas donde se han detectado los tipos arbóreos más comunes: *Quercus sp.* y *Castanea sativa*, además de gramíneas. La misma A. junto a P. Uzquiano (pp. 47-54) estudia los carbones de necrópolis de época romana, que vienen a confirmar el encuadramiento de la zona en la vegetación subatlántica tardía. J. Altuna y K. Mariezkurrena (pp. 55-106) analizan la fauna gracias a los restos óseos procedentes de excavación de época romana y altomedieval en Lugo, mostrando que la base de la alimentación fueron los animales domésticos —vacuno sobre todo pero también bovino, porcuno o aves— y en menor cantidad el salvaje como jabalí, ciervo, corzo o liebre y conejo. Sin embargo el caballo y el perro no eran consumidos. J.M. Vázquez Varela (pp. 107-122) estudia la fauna marina y su consumo, concluyendo que la Galicia romana sufre un importante cambio en la explotación del mar, introduciéndose artes de fondo y flota de mayor calado, técnicas atestigüadas por las especies intermareales y de fondo halladas en excavaciones. El aumento y variedad de capturas conllevó la industrialización en salazones y su comercialización a larga distancia, llegando el marisco y pescado fresco hasta Lugo e interior de Pontevedra, amén de originar el nacimiento de poblaciones dependientes exclusivamente de la explotación del mar.

II.—T.A. Varela (pp. 125-127) muestra que el componente biológico esencial de la población gallega es el «mediterráneo grácil», acompañado de «mediterráneo robusto» y de los tipos «nórdico» y «centroeuropeo». A. Rodríguez Colmenero (pp. 129-242) se ocupa del difícil problema de los pueblos prerromanos en Galicia, basándose sobre todo en datos epigráficos. Para el A. bajo la fórmula *populus/civitas* de Plinio subyace una embrionaria forma prerromana de estado, lo que sería difícil de demostrar, pero en todo caso el interés de su exposición está en la detallada descripción de los datos que tenemos sobre esas realidades en época ya romana, por más que no seamos capaces de seguirle ni en la lectura concreta de algunas inscripciones ni en la interpretación de ciertos aspectos, en particular la C invertida que significa sin duda *castellum*, bajo la que sigue queriendo ver un fenómeno de organización social similar a los grupos familiares de la Meseta. Muy útil es el resumen documental de pp. 181-227 en que se recogen los datos esenciales de las inscripciones hispanas que mencionan formas de organización social; el lector deberá tener en cuenta que las referencias en el comentario introductorio (pp. 181-5) a partir del documento nº 37, 38 en realidad en el listado, reenvían al parecer a un inventario anterior distinto del incluido en la obra, de modo que el nº 128 es en realidad el 140, el 154 es el 173, etc.

III.—De nuevo es Rodríguez Colmenero (pp. 245-326) quien se ocupa de la conquista romana —intentando una vez más llevar a Galicia algunos episodios decisivos de las guerras cántabras— y de la posterior organización administrativa. El A. presenta ideas personales sobre la división provincial, las *regiones* y la organización conventual, que plantean difíciles problemas dado lo escaso e inseguro de la documentación; resulta difícilmente creíble por ejemplo que el convento de *Ara Augusti*, conocido por la *Tabula Lougeiorum* que no deja duda de la integración en él de los Lougei, por otro lado

situables con seguridad en la zona del Caurel, haya podido tener su capital en la costa, en Las Campas (Gijón), y a la vez convivido con otro convento astur con capital ya en Astorga. Sin embargo es muy probable, como el A. defiende, que la conversión del campamento en la ciudad de *Lucus Augusti*, al igual que *Bracara Augusta*, se llevara a cabo en el -15 durante el segundo viaje de Augusto y por medio del mismo legado augústeo Pablo Fabio Máximo, de quien han aparecido inscripciones en las dos ciudades. Otro tema abordado en el capítulo es el contenido religioso del topónimo *Lucus Augusti* y sus implicaciones políticas, rechazando el A. las opiniones de A. Tranoy y R. Etienne según los cuales se trata desde el origen de una fundación de tipo religioso sin connotaciones campamentales. A favor del A. están las emisiones militares de la caetra que sin duda tuvieron ceca en Lugo, asunto que incomprensiblemente en la obra que reseñamos se trata al final, junto a la petrología, y no en la discusión nuclear sobre el nacimiento de la ciudad.

IV.—E. González y S. Ferrer (pp. 329-417) hacen un estudio demográfico del territorio de Lugo en época prerromana comenzando con el medio físico y acabando con un catálogo muy detallado de los 39 castros hoy conocidos que permiten a los AA. hacer una tipología y sacar conclusiones sobre los patrones de emplazamiento y el medio físico, y la propia estructura del hábitat y su poblamiento. Es, a continuación de los castros y antes de la petrología, donde se aborda el estudio de las monedas halladas en Lugo que ha sido fundamental para la defensa de un origen campamental de la ciudad de *Lucus Augusti*. Ferrer (pp. 425-443), basándose en el alto número de las monedas militares de la caetra aparecidas en la ciudad, defiende que ésta fuera la ceca de esas emisiones tenidas como de taller itinerante, hipótesis confirmada por la presencia entre ellas de dos cospeles vírgenes. El carácter militar que sin duda tienen estas emisiones apoyarían la suposición de un campamento en Lugo previo a la fundación de la ciudad *Lucus Augusti*. Las fechas de las monedas entre el 27 y el 23 a.C. darían la cronología de la creación campamental. Efectivamente su alta presencia, la homogeneidad del tipo —el 3 de Villaronga—, la práctica ausencia del tipo 4 que yo juzgo «copias», más la uniformidad del tamaño de los cospeles, llevan a pensar que esas monedas proceden de una ceca en Lugo o en sus inmediatas cercanías. En esas fechas una emisión de esa envergadura y a nombre de Augusto parece muy probable que conlleve el amparo de una sede de gobierno militar, de un campamento. Es, a mi juicio, una emisión en la tradición de las monedas *imperatorum* que César, por ejemplo, había acuñado en Gallia e Hispania, sin duda en aquellos lugares donde había acampado. Es pena que no se mencione ninguna de las otras monedas halladas para tener un panorama de la circulación monetaria de la ciudad. A. Casas, R. Vaquer y M. Vendrell de la Univ. de Barcelona (pp. 447-467) hacen el estudio petrológico —granitos y pizarras— del entorno del yacimiento, y de mosaicos; para éstos no se ha podido concretar la procedencia por falta de muestras de cantera. Los mármoles no parecen proceder de la zona inmediata, pero no ha podido confirmarse si son más sureños dentro de la provincia o de yacimientos foráneos. Los esquistos pizarrosos sí son locales. Para los granitos, de los que se tienen bien localizadas canteras posibles, no se han podido analizar los materiales de excavación, y por lo tanto no se puede llegar a una conclusión sobre su procedencia. A. de Abel (pp. 469-477) hace un resumen de los materiales y las canteras utilizados en monumentos de Lugo, especialmente de los barros para tejas, cuya documentación más antigua es del s. XVI.

La obra es pues muy ambiciosa por su complejidad en contenidos y la variada participación de especialistas. Su carácter de compendio del saber sobre Lugo, su provincia y Galicia la convierten en una monografía regional de enorme valor, imprescindible para la Historia de Roma Peninsular; sin embargo muchos puntos cruciales quedan en duda y las propuestas de los AA. serán ciertamente muy discutidas. Sólo

documentación más explícita podrá zanjar muchas de nuestras dudas.

M.ª Paz García-Bellido
CSIC, Madrid

G. Alföldy, *Die Bauinschriften des Aquäduktes von Segovia und des Amphitheaters von Tarraco*. Berlín, De Gruyter (*Madridischer Forschungen*, Band 19), 1997, VI + 110 págs., 27 láms + 6 láms. desplegadas. ISBN 3-11-014418-2.

La «epigraphisches Abenteuer», que G. Alföldy comenzó en Segovia en julio de 1992¹, culmina ahora con los resultados completos de la autopsia epigráfica de su acueducto. La relevancia artística del monumento y los problemas patrimoniales de su conservación dieron a los trabajos de Alföldy y Witte sobre la grúa del Ayuntamiento de Segovia un eco inusitado², que ahora se ha visto justificado.

Desde el siglo XVI, las dos inscripciones que separan las dos series de arcos del acueducto segoviano se habían resistido a una lectura definitiva. Esta lectura, que pasaba por la inspección directa de todas las huellas de letras conservadas, permite ahora confirmar parcialmente la hipótesis de A. Blanco, que supuso para el texto una datación final post-flavia.

En la introducción al trabajo el lector encontrará además un amplio *excursus* sobre las inscripciones con *litterae aureae* en el Occidente romano, y su lectura puede convertirse en aprendizaje para identificar otros textos a partir de las huellas conservadas.

El trabajo de Alföldy prueba que el acueducto fue construido en época flavia, quizá en el reinado de Domiciano, y reconstruido por Trajano el mismo año 98, atendiendo a la titulación de la inscripción. De ello puede deducirse también una promoción jurídica flavia para Segovia, como prueba el nombre completo de *municipium Flavianum Segovensium* que ahora conocemos para la ciudad.

La segunda parte de libro está dedicada a las inscripciones monumentales del anfiteatro de Tarragona. La primera de ellas, publicada por el propio Alföldy hace pocos años³, contiene la parte final de la dedicación del edificio, y en ella figura el *cursum* de una *flamen* provincial de la Citerior. Más interesante es el segundo epígrafe, cuyos primeros fragmentos se conocen desde hace casi cincuenta años, y que Alföldy publicó ya en una primera lectura con motivo de su obra monumental sobre *Tarraco* (RIT 84).

El epígrafe es el mayor de los conocidos en Hispania, con una longitud en torno a 147 metros, y se grabó sobre un friso que coronaba el *podium* del anfiteatro, de forma que todos los espectadores pudieran verla. Su contenido, una conmemoración de las restauraciones de Heliogábalo probablemente el año 221 d.C., fue borrado con motivo de la *damnatio memoriae* del monarca, y la reconstrucción del texto constituye hoy una prueba de la maestría epigráfica del autor.

Juan Manuel Abascal
Universidad de Alicante

¹ G. Alföldy, «Die Inschrift des Aquäduktes von Segovia. Ein Vorbericht», *ZPE* 94, 1992, pp. 231-248; *id.*, «Der Aquädukt von Segovia: ein epigraphisches Abenteuer», *AkadJ* 1-93, 1993, pp. 19-26.

² *El País*, 18-7-1992, p. 26; 3-8-1992, p. 18; 20-3-1994, p. 33; *ABC*, 5-11-1992, p. 86.

³ G. Alföldy, «Dues inscripcions monumentals de l'Amfiteatre de Tàrraco (estudi preliminar)», en TED'A, *L'amfiteatre romà de Tarragona, la basilica visigòtica i l'església romànica*, Tarragona 1990, pp. 130-137.

H. M. Küpper, *Bautypus und Genesis der griechischen Dachtranseptkirche (Tabula Imperii Byzantini, volumen 6)*, Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, Wien, 1996, 76 p., 17 figs. y 41 lám. ISBN: 3-7001-2571-2.

El sexto volumen de la Tabula Imperii Byzantini se dedica a las iglesias griegas con crucero o transepto cubierto con bóveda de cañón y sobreelevado (elemento constructivo que recuerda lejanamente el crucero sobreelevado de dos tramos de nuestra iglesia altomedieval de Sta. María de Lebeña (Cantabria), con el que, lógicamente, no tiene ninguna relación directa). Se ofrece el catálogo de los edificios y se definen sus características encuadrándolas en cuatro tipos, A, el más numeroso, de una nave, B de crucero resaltado o planta cruciforme y C y D otros tipos de dos o tres naves. Tras ello se analizan los criterios de datación y se estudia la difusión del tipo. El análisis, exhaustivo pero breve y sintético, afecta a las características constructivas (incluyendo curvas de resistencia), técnicas constructivas y decorativas (con ladrillo), caracteres formales (con gráficos de analogías), proporciones y liturgia, y permite distinguir cinco grupos cronológicos que se encadenan desde comienzos del s. XIII hasta el s. XVII. Finalmente se estudia el origen del tipo siguiendo la historiografía sobre el tema, partiendo de las teorías tradicionales más centradas en buscar un origen directo oriental, y su posterior desarrollo que enfatiza su derivación de los diversos tipos de iglesias bizantinas con crucero cupulado, especialmente, por su relación constructiva con el tipo «kreuztonnenkirche mit kuppel», iglesias de una nave con crucero y cimborrio cupulado, sin dejar por ello de referirse a la teoría que señala la influencia que habría tenido el influjo occidental franco con modelos del s. XII procedentes del S. de Italia y de Sicilia como Monte Casino, S. Nicolás de Bari o la catedral de Trani.

Luis Caballero Zoreda
CEH. CSIC. Madrid

B. Brenk (ed.): *Innovation in der Spätantike: Spätantike, Frühes Christentum, Byzanz, Kunst im Ersten Jahrtausend*, Wiesbaden, Reichert Verlag, 1996, 455 pp., figs., 20 pp. de láms. ISBN: 3-88226-879-4.

Ésta es la publicación, fechada dos años más tarde, del coloquio celebrado en Basilea en mayo de 1994 sobre las Innovaciones en el Arte de la Antigüedad Tardía, el Primer Cristianismo y el Imperio Bizantino hasta el año 1000. En él se analizó la adaptación de los modelos de la tradición imperial romana al servicio de la nueva religión oficial a partir del reinado de Constantino y cómo este proceso, acaecido en el plano de la mentalidad y las creencias, se refleja en la transformación de la arquitectura, de su funcionalidad y su significado, y de la iconografía, donde se funden viejos y nuevos símbolos.

Estas páginas recogen un total de catorce artículos, precedidos de una introducción en la que se exponen los objetivos de la reunión y de la consiguiente edición. Aunque predomina el espíritu de síntesis, las ponencias adolecen de una cierta dispersión cronológica, geográfica y temática, con una variedad de enfoques (arquitectura, escultura, pintura, numismática, fuentes documentales) que, si bien resulta enriquecedora en algunos aspectos, en otros plantea problemas de cohesión.

Hay un núcleo principal dedicado a los siglos IV y V, en el que destacan los trabajos asociados al origen y evolución de las formas arquitectónicas vinculadas a los primeros cultos cristianos oficiales. La ponencia de Brenk, *Innovación en las*

construcciones residenciales de la Antigüedad Tardía (pp. 67-114, 28 fig.), suministra un marco de referencia al abordar la tipología de las construcciones palatinas durante la Tetrarquía, que ahora se configuran en torno a dos elementos arquitectónicos hasta entonces ajenos a ellas: el templo y el mausoleo, reflejo de la evolución sufrida por la Teología Imperial.

Precisamente sobre la convivencia de los edificios asociados a los cultos paganos e imperiales con las nuevas construcciones cristianas, trata Meier en su artículo titulado *Templos antiguos, cultos nuevos: conservación de edificios sagrados y su adaptación al culto cristiano en la Antigüedad Tardía* (pp. 361-376), analizando el desarrollo de la basílica a partir de un modelo pagano precedente.

Proceso similar al estudiado por Lehmann al hablar del *Génesis de la basílica de tres ábsides* (pp. 315-362, 35 fig., 5 lám.), de la que rastrea sus orígenes en las construcciones altoimperiales, donde esta estructura era empleada en los triclinios de las villas campestres, en los caldarios de las termas y en los mausoleos, para ser aprovechada después en los baptisterios cristianos y por fin en las basílicas de carácter martirial, como San Lorenzo en Milán y Santa Sabina en Roma, del siglo V. Concluye su repaso en el complejo episcopal de Tebessa (Argelia), del siglo VI, sobre el que se incluye también en esta obra un trabajo monográfico, que analizamos más abajo. Lehmann apoya su discurso con un útil elenco de plantas, secciones y reconstrucciones axonométricas de todos los edificios citados.

Iniciamos el repaso a las ponencias relacionadas con el mundo de la iconografía y sus soportes, siempre dentro del marco cronológico de los siglos IV y V, con el texto firmado por De Blaauw, *El fastigio de la basílica de Letrán: innovación creadora ¿única o paradigmática?* (pp. 53-65, 3 lám.), dedicado a reconstruir a partir de fuentes documentales (véase la propuesta gráfica de la lámina 1) este baldaquino atribuido a época constantiniana, una estructura que nos permite relacionar arquitectura y escultura por estar a medio camino entre el marco constructivo y su contenido, asociándolos en el plano litúrgico, y que, por ese mismo motivo, permite mostrar cómo los primeros signos del Cristianismo oficial, una vez elegidos los modelos espaciales y constructivos, se plasman en el mobiliario, en elementos independientes que no se imbrican aún en la obra arquitectónica. A renglón seguido, y como ya se plantea en el título, De Blaauw se pregunta sobre la posibilidad de establecer normas generales a partir de objetos arqueológicos aparentemente únicos y si realmente se puede aceptar teóricamente que lo fueran: el eterno debate entre excepcionalidad creativa y modelos generales que aún separa a historiadores del arte y arqueólogos.

Dos trabajos más están enfocados al estudio de la evolución de la iconografía imperial dentro del nuevo concepto teocrático de origen del poder. El primero de ellos, suscrito por Effengerger, *Reflexiones sobre la disposición del obelisco de Teodosio en el hipódromo de Constantinopla* (pp. 207-271, 27 fig., 11 lám.), es un prolijo intento de restitución de la pieza a partir de la base escultórica conservada y de los datos recabados en las excavaciones de Karnak, en donde fue alzado en época de Tutmosis III, y del que al lector español quizás interese sólo, como decimos, la parte dedicada a la interpretación de la iconografía del basamento. El segundo de estos trabajos es el de Bühl, *Constantinopla: lo nuevo en el marco de lo antiguo* (pp. 115-136, 9 lám.), que revisa la simbología numismática del siglo IV y en especial las representaciones y los atributos del emperador.

Deckers, bajo un título abstracto, *Del pensador al ejecutor* (pp. 137-172, 12 lám.), es el primero en abordar el asunto de la temática decorativa, eligiendo para hacerlo el mundo de las representaciones funerarias y, más concretamente, el de los sarcófagos, otra más de las producciones artísticas en que las concepciones paganas se ponen al servicio de los nuevos temas. No llega a conclusiones especialmente novedosas, aunque subraya algunas observaciones significativas como el que,

tras un primer momento en que parece que el anonimato y el sentido de comunidad del Cristianismo clandestino domina los esquemas iconográficos, viene otro en el que el individualismo y la obsesión por el prestigio derivados del tradicional evergetismo romano salen a flote, en una muestra más de la total integración de la nueva religión dentro de la mentalidad romana, proceso en el que aquella ve mitigadas algunas de sus tendencias ideológicas iniciales en favor de su progresiva instrumentalización.

En la misma línea se mueven Schrenk, con su *Renovación de la Antigüedad: representaciones de tipología bíblica en el periodo paleocristiano* (pp. 409-416, lám. 8), y Engemann, con sus *Cuestiones en torno al arte de la Tardoantigüedad* (pp. 285-315). Mientras la primera se centra básicamente en los mosaicos y en la transformación de temas paganos en bíblicos, el segundo lo hace en la pintura —aunque no aporta reproducciones de las obras citadas— y en el paso de los recursos simbólicos a las imágenes explícitas a la hora de representar la figura de Cristo. Como si de suministrar ilustraciones al trabajo de Engemann se tratara, aunque limitadas a las decoraciones de los eremitorios egipcios, el de Descoeun-dres, *El monje y la imagen* (pp. 185-199, 12 láms.), se extiende sobre el mismo tema, del que destaca la pervivencia de los símbolos sobre el desarrollo de los motivos antropomorfos en el marco de las modestas construcciones rurales.

El broche a este bloque lo pone la ponencia más teórica del coloquio, la de Scheider, *Preferencias estéticas de los antiguos: epigonismo, creatividad y originalidad en la teoría artística de la Tardoantigüedad* (pp. 377-392), enfocada a analizar los mecanismos que subyacen en los procesos de transformación artística como el tratado en esta obra. No por elementales, dejan de tener interés las claves sintetizadas en los diez puntos que cierran el artículo.

Un último bloque cronológico, formado por sólo tres ponencias, es el centrado en torno a los siglos VI y VII y el análisis de la arquitectura, la escultura y la vida monástica, respectivamente, de tres regiones del Mediterráneo Occidental. Una vez más y contra la opinión del primero de los tres autores, Arbeiter, cuyo artículo sobre *La construcción en sillera en la Hispania visigótica* (pp. 11-42, 9 fig., 7 lám.) es el que más directamente nos atañe a los arqueólogos españoles, resulta difícil establecer un nexo entre asuntos tan diversos. Al menos este nexo no está implícito, como se pretende, hay que explicarlo mejor. Después de tres siglos o más de evolución desde la oficialización del culto, se desarrollan tendencias regionales que escapan a la homogeneidad pintada por Lehman para el siglo V en el artículo ya comentado, aunque probablemente su propio análisis deje entrever las raíces de esas divergencias cuando reconoce que las estructuras triab-sidales se adaptan bien a las tradiciones constructivas locales, que hacen una reinterpretación particular del concepto común. En el siglo VII, las vías de transmisión no son tan claras, como tampoco lo es el panorama político en el que se trazan. Incluso en un caso como el de Tebessa, complejo basilical situado en el extremo oriental del Atlas, al Suroeste de Cartago, es decir, dentro del marco legal del Imperio Bizantino, existen dudas sobre la atribución cronológica de la escultura decorativa a él asociado. Así lo plantea Strube en el texto titulado *La datación de las decoraciones arquitectónicas de Tebessa* (pp. 424-455, 51 lám.), pues, si bien el edificio fue datado en época justinianea, las diferencias existentes con el arte de la capital hacen renacer las dudas: ¿se trata de un taller regional o de una expresión evolucionada de la misma tradición? Strube avanza la posibilidad de que sea una construcción de la primera mitad del siglo VII. Y ¿por qué no posterior? Actualmente este debate ha de buscar otros indicadores cronológicos que no sean estrictamente estilísticos y que deben necesariamente suministrar la arqueología y el análisis sopesado de las circunstancias históricas. Existe aún una tendencia injustificada a analizar este segundo periodo del arte paleocristiano como una continuación lógica del monolitismo del pri-

mero, cuando aún subsistían las estructuras imperiales que ahora no sobreviven en buena parte del Mediterráneo, y a considerar de forma traumática la expansión del Islam. El trabajo de Arbeiter, como él mismo se encarga de subrayar en la presentación, no plantea ninguna revisión de los modelos de interpretación diseñados veinte años atrás por Schlunk y Hauschild, sino que se limita a añadir los ejemplos aparecidos desde entonces (Santa Lucía del Trampal, La Portera, San Miguel de los Fresnos) y a sugerir la existencia de un foco artístico emeritense autónomo respecto a Toledo.

Muy sugerente, aunque con una proyección general que requiere cautela, es el trabajo que cierra este repaso, firmado por Scheider y titulado *Tradición o innovación: la transformación de una villa tardoantigua y el vivarium del convento de Casiodoro*. En él se analiza cómo influyó la regulación monacal de San Benito a partir de los datos documentales referidos a un convento de Calabria (Sur de Italia) y los muchos elementos infra y supraestructurales de las explotaciones agrarias precedentes que estaban presentes en dicha reorganización.

M^a Angeles Útrero y Fernando Sáez

David Austin y Leslie Alcock (eds.): *From the Baltic to the Black Sea: Studies in Medieval Archaeology*, London & New York, Ed. Routledge, One World Archaeology, 18, 1997, 322 pp., figs. ISBN 0-415-15225-9.

La obra que traemos aquí a colación, *Desde el Báltico al Mar Negro: Estudios de Arqueología Medieval*, es una reedición de la publicada en 1990 por Unwin Hyman. Ahora aparece en manos de una editorial de renombre internacional en el sector de la difusión científica, en una serie de mucha mayor distribución, en una colección que, como su nombre indica, pretende llevar a la Arqueología el espíritu de la aldea global y en la que este texto parece, a primera vista, una *rara avis*, ya que predominan en ella, como es lógico, los estudios dedicados a la metodología, a los presupuestos teóricos, a las mal llamadas ciencias auxiliares, a la relación de la disciplina con la sociedad y a los enfoques antropológicos; y que, por este camino, a la hora de centrarse en la Arqueología de un periodo concreto, lo hace en la dedicada a los orígenes de las sociedades humanas.

En este sentido, y a modo de ejemplo, recordamos aquí títulos como (en inglés en el original): *Centro y periferia: Estudios comparativos en Arqueología* (editado por Champion, nº 11 de la colección), *Los significados de las cosas: Cultura material y expresión simbólica* (editado por Hodder, nº 6), *Tiempo, proceso y transformación estructural en Arqueología* (nº 26), *Arqueobotánica tropical: Aplicaciones y desarrollos* (nº 22), *Gestión de la herencia arqueológica en el mundo moderno* (nº 9), *El pasado excluido: La Arqueología en la educación* (nº 17), *El pasado exhibido: Herencia, museos y educación* (nº 25), *Acercamientos desde la Arqueología a la identidad cultural* (editado por Shennan, nº 10), *Sitios sagrados, lugares sagrados* (nº 23), *Los orígenes del comportamiento humano* (editado por Foley, nº 19) o *Estado y sociedad: El nacimiento y desarrollo de la jerarquía social y la centralización política* (nº 4).

Todos los números de la serie tienen el denominador común de su carácter colectivo. Su objetivo es plantear un debate desde diferentes puntos de vista. Así está configurada también la recopilación que hace el número 18, en la que se recogen los resultados de uno de los grupos de trabajo que se formó en el seno del Congreso Mundial de Arqueología celebrado en Southampton (Inglaterra) en 1988. En realidad, su tardía

inclusión en la colección responde a un esfuerzo por completar la publicación de las actas de dicha reunión, función para la que fue creada la serie. Para ello y para no alejarse de su espíritu globalizador, los editores han añadido y antepuesto a las ponencias centradas en experiencias concretas de la primera edición, con un marco geográfico limitado, hasta tres artículos de carácter teórico y otro de comparación escolástica (*El "estudio correcto" de la Arqueología medieval de Austin, Un caso a estudio* de Austin y Thomas, *Arqueología medieval y la tiranía del registro histórico* de Champion y *Estudio comparativo entre la Arqueología checa del poblamiento rural medieval y la inglesa: hacia la reconstrucción del paisaje de Godja*), agrupados bajo el epígrafe *Objetivos de la Arqueología Medieval*. Aunque en los diferentes trabajos menudean las reflexiones de este tipo y están clasificados en apartados cuyos títulos intentan transmitir la voluntad colectiva de trascender la regionalidad inherente al de la obra: *Formaciones étnicas y Estados incipientes, Poblamiento, Asentamientos rurales y Desarrollo urbano*. Pero estas ideas generales son difíciles de entresacar y, en la mayoría de los casos, tienen, para el investigador español, un interés comparativo poco más que relativo.

Por ello, proponemos una lectura detenida de los dos primeros textos —interesantes, aunque con algunas lagunas notables como el tradicional desconocimiento de la bibliografía no anglosajona (¡no hay referencias, por ejemplo, a los trabajos de la escuela italiana!) o, como consecuencia de ello, la poca atención prestada a la Arqueología urbana y de "lo construido"— y un repaso más selectivo de los otros. Pues hay que tener en cuenta que el marco político, social y material es en muchos de ellos radicalmente diferente al de la Península Ibérica medieval; en todo caso coincidente en sus puntos de referencia previos o coetáneos (el Imperio Romano o el Bizantino, el Cristianismo, el Islam, el Mediterráneo) o sugerente desde un enfoque diacrónico: muchas de estas sociedades se introducen en la Edad Media en un estado casi prehistórico, de ahí quizás la insistencia de Alcock y Austin en plantear las relaciones entre la Arqueología prehistórica y la Arqueología medieval, la segunda de las cuales, en sectores mediterráneos, podría englobarse en el concepto más amplio de Arqueología histórica. Se aprecia en sus artículos que la citada vecindad —sin una decisiva interposición de la Arqueología clásica— ha supuesto interesantes aportaciones a la más reciente de las dos disciplinas —como, entre otras, el desarrollo de la microarqueología y de la Arqueología espacial—, aunque sospechamos que haya podido también lastrarse la evolución de ciertos principios teóricos propios.

De todas formas, esta publicación facilita un rápido conocimiento de la evolución histórica de las regiones de la Europa medieval más ajenas a nosotros y permite completar un panorama global que está seguramente lleno de lagunas o al menos claramente descentrado. Ayuda, en cualquier caso, a realizar un ejercicio de modestia, que pasa por el reconocimiento de que la Arqueología Medieval se ha desarrollado en algunos países de la Europa Oriental, con un pasado medieval mucho menos "glorioso" y monumental a nuestros subjetivos ojos, bastante antes que en el nuestro —en el que problemas de carácter ideológico, económico e historiográfico (en este sentido, véase el interesante texto de Champion sobre el conflicto entre la Historia y la Arqueología medieval, que en nuestro país aún subsiste) y cuestiones de sensibilidad y política patrimonial han lastrado su normal incorporación a la actividad arqueológica—. El ejercicio que proponemos pasa también por la aceptación de que debemos a estas escuelas muchos de los avances experimentados por la disciplina, que quizás hayan llegado hasta nosotros de forma indirecta —a través de escuelas interpuestas— y poco consciente. En especial al sector eslavo: checos —verdaderos motores de este grupo de trabajo, con cuatro ponencias—, rusos y polacos —paradójicamente poco representados, con una ponencia por escuela—.

Por lo demás, como ya hemos apuntado y como es propio de la espontánea inscripción a cualquier congreso, la selección temática es irregular, aunque también puede servir para percibir cuáles eran los principales objetivos de estas escuelas en el momento de la celebración de la reunión.

En el segundo apartado, por cuatro artículos que hunden sus raíces en la Tardoantigüedad —dos dedicados al mundo avaro (*Bizancio y los avaros: La Arqueología de los primeros 70 años del periodo avaro* de Bóna y *Nuevas investigaciones sobre los hallazgos de los enterramientos de jefes avaros en Igar, Hungría* de Fülöp), uno al escandinavo (*Conexiones entre Escandinavia y el Imperio Romano Oriental en el periodo de la migración* de Arrhenius) y otro al polaco (*Motas altomedievales en tierras polacas entre los siglos VI y VIII: Problemas sobre sus orígenes, su función y su organización espacial* de Kobylinski), con un techo cronológico situado en el siglo VIII—, encontramos tan sólo dos centrados en momentos posteriores, ni siquiera coincidentes: uno sobre Escandinavia entre los siglos IX y XI (*¿Qué nos cuenta la Numismática sobre la sociedad escandinava en el periodo vikingo tardío?* de Malmer) y otro sobre Letonia en época bajomedieval (*Interacciones entre las culturas indígenas y las occidentales en Livonia entre los siglos XIII y XVI* de Mugurevics).

En el tercer apartado, predomina la Antropología física —con deducciones de carácter social que, desde nuestra propia experiencia, se nos antojan exageradas— sobre la concepción global de las cuestiones étnicas y culturales. Al menos dos de los trabajos repasan la situación en sendas regiones a lo largo de toda la Edad Media (*Variaciones de la altura a la luz de las diferencias sociales y regionales en la Dinamarca medieval* de Boldsen y *La paleodemografía de las poblaciones medievales en Checoslovaquia* de Stloukal), porque el tercero se centra en un periodo y una zona mucho más concretos y diríamos que "fuera de juego" en el contexto de la obra (*Deformaciones de cráneos merovingios en el Sudoeste de Francia* de Crubézy). Quizás pueda interesar a los colegas de las regiones colindantes enfrascados en la definición del poblamiento altomedieval de las mismas.

Los dos últimos apartados, basados en la contraposición de la Arqueología rural y de la urbana, reúnen tan sólo cinco artículos entre ambos. Por su extensión cronológica y por su valor metodológico, quizás sean más interesantes los tres del segundo (*Orígenes y desarrollo del Lübeck eslavo y germano* de Fehring, *Investigación en Praga: Una visión histórica y arqueológica sobre el desarrollo de Praga desde el siglo IX al XIV* de Huml y *Evidencias arqueológicas sobre el desarrollo y la urbanización de Kiev desde el siglo VIII al XIV* de Ioannisyan), frente a la dispersión de los dos del primero (*La cuenca baja del Vltava: Ensayo de un acercamiento regional a la historia de su ocupación en la Alta Edad Media* de Godja y *Asentamientos rurales en los siglos IX y X en el valle del Danubio a su paso por Serbia* de Marjanovic-Vujovic).

Fernando Sáez

A. Azkarate Garai-Olaun e I. García Camino, *Estelas e inscripciones medievales del País Vasco (siglos VI-XI). I. País Vasco Occidental*. Gobierno Vasco - Universidad del País Vasco. Bilbao, 1996, 348 págs. ISBN 84-7585-781-7.

No resulta habitual encontrar entre la bibliografía que se ocupa de las estelas funerarias medievales una obra que, siendo de recopilación y de estudio de materiales ya conocidos, resulte novedosa en sus planteamientos. El trabajo sobre las estelas funerarias del País Vasco que aquí reseñamos rompe con la tendencia a la mera descripción que ha estado presente en buena parte de la bibliografía que se ha ocupado de este

material, abordando estos documentos arqueológicos desde una doble perspectiva que ha permitido a los autores superar la labor de catalogación y plantear una sugerente hipótesis de carácter histórico, de ahí la novedad del trabajo. Primeramente se lleva a cabo el estudio formal del *corpus* arqueológico —tipometría, descripción, paleografía, etc.— y, posteriormente, se analiza este material como un documento capaz de aportar información histórica (de carácter económico-social) sobre el colectivo que las ha realizado; para ello articulan el análisis de las estelas con las nuevas hipótesis e interrogantes históricos planteados por recientes descubrimientos arqueológicos en el País Vasco. Estas investigaciones ponen de manifiesto la existencia de un importante contexto cultural en época tardo antigua procedente del norte de los Pirineos. Del mismo modo se tiene presente la bibliografía que se ha ocupado de la organización social del espacio en el Norte de la Península a partir del siglo VIII.

La obra se estructura en tres partes. En las dos primeras se estudian los «graffiti» de las cuevas artificiales alavesas y las estelas e inscripciones del País Vasco Occidental, presentando el catálogo sistemático del material, su descripción pormenorizada y el análisis de tipo formal —estudio morfológico, estilístico y técnico o paleográfico, según sea la naturaleza del elemento tratado—. En la tercera parte se hace una propuesta interpretativa sobre la cronología y la filiación cultural de los distintos grupos individualizados, proponiendo una sugerente interpretación histórica.

Es importante reseñar que los autores analizan material en su mayor parte conocido, en un intento de estudiarlo y comprenderlo relacionado con las nuevas hipótesis históricas. En *Arqueología Cristiana de la Antigüedad Tardía en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya*, A. Azkárate proponía una cronología de fines del siglo VI - principios del VII para los «graffiti» de las cuevas artificiales alavesas, interpretando el fenómeno eremítico como el reflejo de una confrontación con la jerarquía eclesiástica, como la búsqueda de refugio en aquellos lugares donde no llegaba el poder de la Iglesia, justamente en las zonas de frontera con el mundo no cristianizado. En la actualidad esta idea se matiza, no en la cronología propuesta ni en la idea de su ubicación en una zona de frontera, sino en el carácter que tenía ésta, ya que la proximidad a estas cuevas de la necrópolis de Aldaieta, yacimiento de marcado carácter franco, parece sugerir que los eremitarios sí se localizaban en zonas de frontera, pero no entre lo cristiano y lo pagano, sino entre lo visigodo y lo franco.

Con las estelas e inscripciones los autores proceden de forma similar: realizan un análisis de conjunto en el que se tiene en cuenta lo formal y la distribución geográfica y, de esta manera, se llega a comprender su funcionalidad y filiación cultural. Una labor de primer orden ha sido el estudio paleográfico de las mismas, elemento clave para poder atribuirles una cronología —alfabeto, abreviaturas, nexos, ligaduras, signos de puntuación, separación de letras, etc.—. La localización geográfica de cada uno de los grupos individualizados resulta muy elocuente ya que ha permitido a los autores establecer una distinción entre el territorio de Vizcaya y el de Álava y una diferente influencia y evolución estilística. En Vizcaya, se adscribe a los siglos VII-VIII un material que hasta la fecha era considerado de los siglos IX-X teniendo como argumento la contextualización arqueológica de un fragmento de estela de este grupo con materiales de clara influencia norpirenaica del ámbito franco. Esto ha permitido retrasar en el tiempo la cronología de estas piezas y plantear firmemente una nueva reinterpretación del mundo tardo antiguo y alto medieval del País Vasco. En este mismo territorio, otro grupo de estelas ofrece una iconografía con motivos recurrentes que están presentes en todo el Norte de la Península y que denotan la existencia de una corriente indígena, con una producción propia.

Esta misma dicotomía de tradiciones, una autóctona y otra foránea, se constata en territorio alavés, ya que allí se localiza un grupo de estelas de carácter autóctono y otro de filia-

ción cultural latino-mediteránea, reflejo ambas de la sociedad de los siglos VIII-X: una población local que explotaba el espacio a la que se superpone otra que lleva a cabo una nueva ordenación del mismo, según unos presupuestos propiamente feudales. Esta influencia que procede del Sur de la divisoria de aguas cántabro-mediterránea también afectó al territorio de Vizcaya dando lugar a un grupo de estelas en las que se aúnan tres tradiciones distintas: aquéllas presentes en los siglos VII-VIII y esta nueva influencia que tiene como elemento representativo la incorporación de un texto funerario y cuya cronología hay que situar en los siglos IX-X. Su evolución en los siglos siguientes será hacia formas en las que ha desaparecido por completo el repertorio iconográfico de carácter astral, sustituido por un cultura de carácter totalmente latina y cristiana. Así los autores han logrado establecer una sugerente filiación cultural para los distintos grupos de estelas representadas en la zona analizada del País Vasco, interpretación realizada de acuerdo a los datos históricos procedentes de la investigación arqueológica y documental, datos que ponen de manifiesto la necesidad de trabajos de tipo interdisciplinar o, cuando menos, de carácter global, en los que se tengan en cuenta las informaciones procedentes de otros registros, ya que, a la vista de los resultados expuestos en este libro, parece ser el camino para comprender la tardorromanía y el alto medieval en la Península Ibérica.

Margarita Fernández Mier
Universidad SEK. Segovia

SOBRE LA ARQUEOLOGÍA MEDIEVAL ASTURIANA: RESPUESTA A FERNANDO ARCE SÁINZ.

En el número 69 de la revista, correspondiente a 1996, páginas 329-330, y bajo la firma de Fernando Arce Sáinz, se publicó una extensa reseña del libro *Arqueología cristiana de la Alta Edad Media en Asturias* (Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, 1995), del que soy autor. El texto de esta reseña, que por otro lado, es de agradecer, en cuanto contribuye al conocimiento de la obra, y máxime en una revista de amplia difusión como es *Archivo Español de Arqueología*, presenta, a mi entender, defectos de interpretación o comprensión de lo reseñado, por lo que estimo necesaria la puntualización de algunos de los extremos resaltados por Fernando Arce Sáinz.

La primera objeción puesta por el recensor reside en la falta de consideración de la cerámica como objeto de estudio, calificándola como «fósil director básico que comienza a ser conocido en Asturias». Líneas después reconoce cuál ha sido el verdadero motivo de esta opción científica —«la presencia de la impronta religiosa en los objetos»—, opinando al respecto que «puede ser engañosa». Espero que el recensor esté de acuerdo en admitir la libertad de que dispone cada investigador para acotar el campo de su estudio, siempre y cuando se expliciten y fundamenten las razones de la delimitación. En este caso, las razones han sido ya expuestas: los testimonios materiales del cristianismo altomedieval. Convendrá Fernando Arce conmigo en que no existen cerámicas adscritas a confesión religiosa alguna. Las cerámicas son objetos por sí mismos neutros: es a las personas a las que se refieren las creencias religiosas. Por tanto, sería impropio hablar de cerámica cristiana, aun cuando sobre alguna pieza figurase algún signo que inequívocamente pudiésemos identificar como tal, pues de ello sólo podríamos deducir que ha sido utilizada por un individuo adscribible a la religión cristiana. No ocurre lo mismo con los materiales y estructuras estudiados en el libro, pues su razón de ser, la causa y el sentido de su existencia, es la de participar de uno u otro modo en la materialización de la creencia cristiana, es decir, en la objetivación social de un contenido doctrinal.

Por otro lado, está lejos de la realidad su afirmación de que las cerámicas configuren un fósil conductor en la arqueología medieval asturiana. Ignoro sus fuentes de información, pero, desde la cercanía al lugar de la investigación, puedo afirmar que no existe una sola secuencia cerámica de procedencia asturiana publicada que merezca confianza arqueológica. Tampoco se ha publicado ninguna cerámica procedente de excavación estratigráfica de algún edificio altomedieval, entre otras razones porque, en las fechas de redacción del estudio, sólo Lillo había sido objeto de excavación extensiva, contándose con sondeos limitados en Tuñón y Nora, cuyos resultados se utilizan y valoran adecuadamente en el texto. Esta laguna, lamentable desde todos los puntos de vista, es el resultado de la inexistencia de excavaciones estratigráficas en territorio asturiano, de ámbito cronológico medieval, hasta fines de la década precedente. La mayor parte de esta labor ha recaído en arqueólogos constreñidos por las prescripciones contractuales derivadas de la denominada «arqueología de gestión», por lo que, muy a su pesar, no pueden, en muchos casos, extraer toda la información precisa del yacimiento. De ello se desprende que las conclusiones en lo referente al estudio de los materiales habrán de ser forzosamente parciales.

A continuación, critica Arce la utilización, o no utilización, del método de «lectura de paramentos», aludiendo a Santullano. Es una objeción asumible. Ahora bien, los edificios asturianos no presentan grandes dificultades estratigráficas. Los que cuentan con enfoscados y pinturas interiores, como Santullano, ofrecen garantía de unidad constructiva, lo que se comprueba por el enlace que ofrecen todos sus paramentos exteriores. Las partes reconstruidas pueden ser documentadas con relativa seguridad. No se precisa, pues, honestamente hablando, el recurso a los diagramas estratigráficos. Por otro lado, estos diagramas requieren un levantamiento planimétrico previo, que, en Asturias, ha venido ejecutándose por decisión de la Administración autonómica del Principado de Asturias. La propiedad intelectual de estos levantamientos reside en su autor, Lorenzo Arias Páramo, quien, sobre ellos, ha emprendido una investigación sobre aspectos de metrología y modulación en la arquitectura altomedieval asturiana, de la que la opinión científica conoce algunos avances. Por elemental respeto a esta labor, me ha parecido preferible no utilizar estos planos ni publicarlos, aun cuando estoy seguro de haber podido hacerlo, pues la generosidad de Lorenzo Arias Páramo en este aspecto está fuera de toda duda.

En lo referente a la tribuna de este templo, el recensor habrá podido apreciar que es precisamente la «lectura» —yo diría «análisis»— de los paramentos del transepto del templo la que me hace rechazar su existencia, frente a lo que la investigación precedente ha venido postulando.

La presentación del material gráfico, agrupado al final del volumen, es criticada por su incomodidad. Es aceptable la crítica. En cualquier caso, se debe a razones de economía y facilidad de maquetación. Tampoco se trata de un caso único. La inmensa mayoría de los *corpora* arqueológicos homologados recurren a este sistema de presentación, en ocasiones impuesto por la diferente calidad del papel en el que se imprime el repertorio de ilustraciones.

La lectura de las conclusiones que ha efectuado Arce es sesgada. No entiendo su duda sobre la ausencia de material de época visigoda: el propio objetivo de la investigación excluía el tratamiento de este período. Otro problema sería que con su duda se refiera a la presencia real de restos visigodos en Asturias, hoy por hoy desconocidos en lo referente a la arquitectura. En lo relativo a Veranes, yacimiento del que se critica la falta de atención, el problema es complejo. En los años de redacción del trabajo (1989-1992), se encontraba este yacimiento en estado de completo abandono, tras una incompleta actuación arqueológica, sin remate ni publicación in extenso de los resultados obtenidos. Yo no dispuse en ningún momento de recursos para acometer la limpieza de este castigado yacimiento, que sólo desde 1997 ha vuelto a ser escenario de

actividad arqueológica. Además, de lo publicado se deduce una adscripción tardorromana de la primera y decisiva fase constructiva, alejada por lo tanto del horizonte cronológico que se había escogido como objeto de la investigación.

Sin pretender discutir en estas líneas qué entendemos por «continuidad» y «ruptura» entre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media, estimo que quienes han de argumentar sólida y arqueológicamente sobre el alcance de las innovaciones son quienes las defienden. A partir del conocimiento que hoy día poseemos sobre los restos materiales del Reino de Asturias en el solar asturiano, se impone admitir que el peso de los elementos conocidos, por estar presentes en épocas precedentes, es superior al de los elementos desconocidos en ellas. En cualquier caso, la aparición de nuevos y contextualizados elementos podrá siempre matizar o refutar las propuestas en liza. Por otro lado, en ningún momento se asegura en el texto que la tradición hispánica haya de alimentarse de los restos situados en el territorio estrictamente asturiano. Creo haber expresado claramente que mi concepción de la arquitectura altomedieval asturiana y del propio Reino de Asturias refiere estas realidades al solar de la *Gallaecia* visigótica, y no al territorio que hoy conocemos como Asturias.

Por último, se afirma «que el objeto de estudio está mediado por los conceptos tradicionales asociados a lo 'asturiano' más que por una búsqueda de lo que sería una arqueología asturiana en términos más amplios». No entiendo la virtualidad conceptual de lo «asturiano». Por lo que a mi concepción respecta, he de afirmar que lo «asturiano», en este trabajo, es un concepto exclusivamente geográfico: lo comprendido dentro de los límites del Principado de Asturias. No hará falta reiterar que en ningún momento ha sido mi intención escribir, hegeliana y omnicomprendivamente, sobre «la arqueología asturiana». A otros esta ilusoria pretensión. Por supuesto que «la arqueología asturiana» está por escribir. Algunos, partiendo de la limitación de nuestras capacidades y posibilidades, nos esforzamos en contribuir a su conocimiento. Espero que el ejemplo cunda, y esté a la altura de las circunstancias. E invito al propio Arce Sáinz, a quien agradezco el interés que se ha tomado por mi libro, a participar en esta tarea.

César García de Castro Valdés
Universidad de Oviedo

I. Hodder, M. Shanks, A. Alexandri, V. Buchli, J. Carman, J. Last, G. Lucas (eds.), *Interpreting Archaeology. Finding meaning in the past*, Londres y Nueva York, Routledge, 1997, 275 pp., ISBN: 0-415-15744-7.

Desde que, a principios de la década de los noventa, Hodder propusiera la apertura de una nueva vía, la Arqueología Interpretativa, es el término interpretación el que recoge el tan traído y llevado debate entre las diferentes arqueologías procesuales y postprocesuales. El libro que ahora se presenta refleja el estado de la disciplina arqueológica en aquellos años, resultado de un encuentro celebrado en el año 1991 de 140 arqueólogos en la Universidad de Cambridge, en el que se recogen y desarrollan las discusiones llevadas a cabo sobre el presente y futuro de la arqueología —o arqueologías— activamente comprometidas con la interpretación del pasado material.

Lejos de pretender una «nueva» arqueología, se presenta un análisis general de los estados del pensamiento en Arqueología a través del análisis del carácter y propósito de las arqueologías que podrían llamarse «interpretativas». Siempre desde una perspectiva anglo-americana, se plantean algunas de las más importantes áreas de discusión en la arqueología contemporánea. De esta forma, el esquema del libro, dividido en cinco secciones, recoge las que se consideran como las cuestio-

nes más importantes dentro del contexto intelectual de esta nueva aproximación, esquema que viene a ser, en términos generales, un desarrollo del programa original de las conferencias. Cada una de las secciones está introducida por un artículo que plantea un determinado problema, recoge los puntos principales de discusión y, lo que es más importante, incluye los debates del encuentro. En la primera parte, se insiste sobre el debate que plantea el carácter del método arqueológico; en la segunda, sobre la comprensión del significado de las cosas, para lo cual la discusión se centra en la especie humana, como una especie animal, y su desarrollo evolutivo. El valor cultural del pasado y las relaciones de la historia con la arqueología son los temas que se tratan en la tercera y cuarta parte del libro. Las cuestiones referentes a la interpretación de la cultura material se estudian en la quinta y última parte, sección que recoge, a modo de conclusión, todas las discusiones planteadas en los anteriores apartados.

El libro logra plasmar la heterogeneidad y polarización de las posiciones desarrolladas en la línea postprocesual y recogidas bajo la nueva Arqueología Interpretativa —en un capítulo aparte se incluyen otros comentarios y discusiones que surgieron a lo largo de la reunión menos fáciles de recoger en el cuerpo general del libro— aún a costa de desdibujar aún más los términos del debate sobre la Arqueología y a pesar de que la aprobación de la diversidad y pluralismo de opiniones desemboca en el relativismo.

María Ruiz del Árbol Moro
C.E.H. CSIC

G. Mora y M. Díaz Andreu (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*, Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1997, 762 págs. ISBN 84-7496-647-7.

Por suerte para la Arqueología española y para quienes la practican, la preocupación historiográfica inexistente en España hasta hace pocas décadas es dejando de ser un tópico. La historiografía está de moda, y buena prueba de ello es la enorme cantidad de artículos y monografías que han comenzado a aparecer en los últimos años.

Este creciente interés historiográfico está dando como resultado la reedición comentada de antiguas obras, la edición de manuscritos de todo tipo y la búsqueda sistemática en bibliotecas y archivos de documentos inéditos que puedan alumbrar el quehacer arqueológico de nuestros predecesores.

De las ausencias y las presencias historiográficas en la Arqueología española durante las últimas décadas habla R. Olmos en su densa contribución a esta obra, que constituye el resultado del segundo encuentro sobre historiografía de la Arqueología española, nuevamente avalado por el Centro de Estudios Históricos del CSIC.

Si la primera reunión (1988)¹ tenía un objetivo más amplio y buscaba una aproximación al tema desde cualquier vertiente, esta segunda (1995) centró su actividad en el marco institucional de la Arqueología, dando como resultado un conjunto de comunicaciones de enorme diversidad geográfica y temporal, lo que da idea del interés creciente de esta línea de investigación. En el volumen pueden encontrarse contribuciones referidas tanto a las Instituciones que aglutinaron las inquietudes arqueológicas en la España del siglo XVIII, como valoraciones referidas a la Arqueología de hoy.

¹ J. Arce y R. Olmos (eds.), *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos xviii-xx)*. Congreso Internacional Madrid, 13-16 diciembre 1988, Madrid 1991.

Con ocasión de la reunión tenida en Madrid se revisó la historia de un gran número de instituciones regionales y locales que, de otra forma, seguirían yaciendo parcialmente en el olvido. Los trabajos dedicados a las Comisiones Provinciales de Monumentos, a las Sociedades Arqueológicas y a las Sociedades Científicas de la segunda mitad del siglo XIX constituyen un punto de arranque para investigaciones futuras que, en sí mismo, justifica la publicación de este volumen.

En este sentido hay que destacar los trabajos dedicados a la Sociedad Española de Excursiones y a las Asociaciones Excursionistas Catalanas, que protagonizaron una parte importante de los descubrimientos entre la restauración borbónica y la guerra civil, y cuyas revistas sirvieron de órgano de difusión de estas novedades.

Por los mismos motivos hay que resaltar el apartado dedicado a la Real Academia de la Historia, representada en el libro por cuatro contribuciones de diferente temática, que experimenta hoy un cierto protagonismo merced al impulso que se está dando a la catalogación de su extraordinario fondo documental.

Por su propia naturaleza, y por la diversidad geográfica que aborda, en algunas de las contribuciones aflora uno de los problemas inmediatos que debe corregirse para garantizar la continuidad de las investigaciones: hacer historiografía no es «buscar papeles», que constituye objetivo directo de las ediciones documentales. Prueba de ello es el artículo referido a Cantabria en los siglos XVIII y XIX, en el que uno echa en falta las referencias al Marqués de Comillas y a su «hombre de campo», Romualdo Moro; al segundo se debe la prospección directa de amplias zonas de Cantabria y de las provincias cercanas, aunque su figura carece de eco institucional porque rehusó la condición de Correspondiente de la Real Academia de la Historia al considerarse «indigno de tanto honor». De Comillas, cuya colección constituye la base del actual Museo santanderino, poco más habría que añadir salvo que se merece alguna referencia en un artículo de este tipo.

El repaso detenido del volumen ofrece un panorama bastante aproximado de las líneas de investigación historiográfica vigentes en estos momentos, y probablemente de aquella reunión surgieron nuevos estudios que se encuentran ahora en fase de redacción. Si los resultados que ofrece la publicación son en sí mismos satisfactorios, el crecimiento del interés por los estudios historiográficos y las favorables consecuencias que ello tendrá en el futuro constituyen el principal motivo para felicitar a las organizadoras del Congreso y responsables de la edición.

Juan Manuel Abascal
Universidad de Alicante

C. Ortiz de Urbina Montoya, *La arqueología en Álava en los siglos XVIII y XIX*. Diputación Foral de Álava (Memorias de Yacimientos Alaveses, 2), 1996, 340 págs., 76 figs. ISBN: 84-7821-265-5.

Es éste un libro muy esperado desde hacía tiempo por quienes nos dedicamos a la historia de la arqueología, por varias razones: la solvencia científica de su autor, el interés del tema, su relación con la actualidad histórica y política del país. El título original, tal como consta en la portada interior del libro, evidencia mejor los objetivos de la investigación y sus resultados: *El desarrollo de la arqueología en Álava: condicionantes y conquistas (siglos xviii y xix)*.

Por ser fruto de una beca de investigación concedida por la Diputación Foral de Álava al autor, el libro ha sido publicado dentro de la serie «Memorias de Yacimientos Alaveses», editada por el Dpto. de Cultura y Euskera de la Diputación. Pero, en mi opinión, hubiera sido preferible que apareciera como el primer volumen de la colección, a modo de visión global o presentación del panorama arqueológico de los dos

últimos siglos en la zona, y seguido de las publicaciones sobre campañas de excavación y estudio de materiales. De esta forma podríamos entender mejor el proceso de desarrollo de la arqueología alavesa, cómo y por qué surgió, cómo se desarrolló y cuáles fueron y son sus objetivos. El A. ya había publicado algunos artículos sobre la historia de la arqueología en el País Vasco, siendo notables sobre todo sus contribuciones a los dos Congresos de Historiografía de la Arqueología hasta ahora celebrados (1988 y 1995), organizados por el Dpto. de Arqueología del Centro de Estudios Históricos (CSIC).

Como se especifica ya en el título, el A. analiza la labor de los arqueólogos alaveses de los siglos XVIII y, sobre todo, XIX, cuando surge la necesidad de proteger el patrimonio de los expolios nacionales y extranjeros causados principalmente por las guerras (de la Independencia y civiles) y las desamortizaciones de los bienes eclesiásticos, y como medida de control se crean de las Comisiones Provinciales de Monumentos Histórico-Artísticos. Como resumen y al mismo tiempo punto culminante del libro, me interesa destacar las polémicas desatadas entre la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País y la Real Academia de la Historia con respecto a la tesis del vascoantabrismo, refutada ya por el padre Flórez en el t. XXIV, parte I de la *España Sagrada* (1768), pero que, junto con la del vascoiberismo, sigue vigente en determinados círculos a pesar de sus múltiples detractores. En este sentido resulta muy interesante seguir el discurso, magníficamente enarazado, del A., que nos presenta problemas surgidos hace dos siglos y sin embargo tan actuales: explica el interés tradicional de la arqueología alavesa hacia fenómenos culturales (como el megalitismo) proclives a ser utilizados en defensa de los Fueros y los mitos vascos, en detrimento de otros períodos históricos (la romanización) defendidos por la arqueología oficial.

Como historiador y arqueólogo independiente, Ortiz de Urbina no duda en ofrecer una visión retrospectiva de la arqueología del País Vasco que algunos podrían calificar hoy de «antinacionalista». Sin embargo, esta visión presenta una novedad. La destrucción de los mitos vascos ha sido abordada en diversas ocasiones y desde distintos puntos de vista (filológico, histórico, antropológico) por investigadores como J. Caro Baroja, J. Juaristi y A. Duplá, entre otros, pero Ortiz de Urbina lo hace aquí de la manera más objetiva posible, simplemente mediante el análisis de documentos procedentes de archivos tan distintos como los de las Academias de la Historia y de San Fernando, el Histórico Nacional, el General de la Administración, el del Territorio Histórico de Álava, etc. Las conclusiones a las que le lleva (a él y al lector atento) el estudio de estos documentos son significativas y no por esperadas menos sorprendentes: uno de los problemas principales a los que se enfrenta la arqueología vasca de hoy y de ayer es el de la censura. En efecto, se detecta la existencia desde el siglo XVIII, al menos, de una censura bidireccional: por una parte la ejercida desde el País Vasco contra los que hablan de romanización de las Vascongadas; por otra, la que desde la Academia de la Historia ataca a los que niegan esta romanización.

Se trata, pues, de un libro denso que extrae sus conclusiones de documentos inéditos, los cuales son rigurosamente analizados, contrastados e integrados en su contexto histórico. Además está muy bien escrito e ilustrado, lo que es de agradecer dada la complejidad del tema y la ingente documentación utilizada. En definitiva, es un libro indispensable no sólo por cómo desarrolla el A. la investigación y por los resultados que presenta, sino porque podemos considerarlo como un modelo a seguir en futuros estudios historiográficos en arqueología.

Gloria Mora
C.E.H. CSIC